

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

MARIANO PICÓN-SALAS

231

ANDRÉS BELLO Y LA HISTORIA

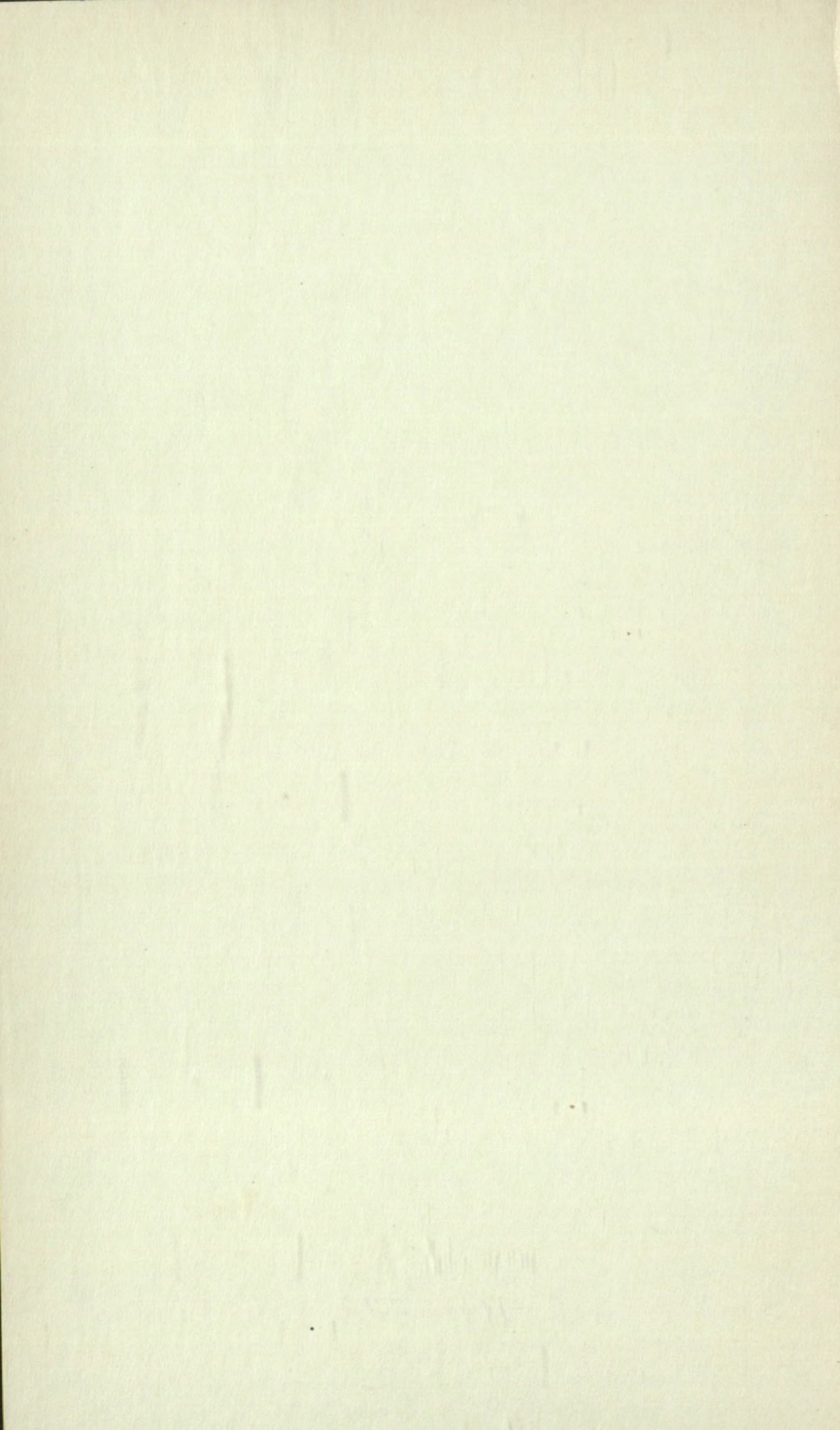
B.209

6ps



CARACAS / 2004

LIBRO BREVE



BS 8000
LF



BIBLIOTECA NACIONAL
DEPOSITO LEGAL



BIBLIOTECA NACIONAL
COLECCION
BIBLIOGRAFICA GENERAL



BIBLIOTECA NACIONAL
COLECCION
BIBLIOGRAFIA GENERAL

LIBRO BREVE
231



BIBLIOTECA NACIONAL
COLECCION
BIBLIOGRAFICA GENERAL

Directora de la Academia Nacional de la Historia
Ermila de Veracoechea

Comisión de Publicaciones

Simón Alberto Consalvi

Ildefonso Leal

Ramón J. Velásquez

Mario Sanoja Obediente

José del Rey Fajardo

ANDRÉS BELLO Y LA HISTORIA



BIBLIOTECA NACIONAL
COLECCION
BIBLIOGRAFICA GENERAL

AMERICAN HISTORY

1875-1876

AMERICAN HISTORY

1875-1876

AMERICAN HISTORY

1875-1876

AMERICAN HISTORY

1875-1876

AMERICAN HISTORY



AMERICAN HISTORY

1875-1876

25450
e.l.

V868.209
B446ps

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

MARIANO PICÓN-SALAS

231

ANDRÉS BELLO Y LA HISTORIA



CARACAS / 2004

LIBRO BREVE

© ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Caracas, 2004
Impreso en Venezuela por Editorial ExLibris

Depósito legal lf37220049001777
ISBN 980-222-980-6

Mariano Picón-Salas y Andrés Bello

Andrés Bello y la historia es un texto poco conocido de Mariano Picón-Salas. Fue escrito como introducción al volumen XXIII, *Temas de Historia y Geografía*, de las *Obras Completas* del gran humanista, en 1956, mientras ejercía el profesorado en la Universidad Central de Venezuela. No fue incluido en sus colecciones de ensayos, y, por consiguiente, ató su suerte a los volúmenes de Bello que no son de acceso fácil.

Picón-Salas, estudiante y profesor a su tiempo de la Universidad de Chile donde don Andrés llevó a cabo lo más significativo de su obra, Picón-Salas tuvo ocasión de conocer de cerca la contribución del escritor y el ambiente en que se desenvolvió en Santiago. De tal modo que hable con propiedad sobre la biblioteca personal de Bello y su cultura histórica, sobre los primeros trabajos sobre historia venezolana, *Calendario Manual* y *Guía universal de forasteros* y el *Resumen de la historia de Venezuela* de su etapa caraqueña; su vinculación posterior en Londres con los grandes pensadores ingleses del siglo XIX y, por último, su vasta labor cumplida en Chile, sus trabajos, sus polémicas y sus perdurables influencias.

Al incluir este estudio en la colección *El Libro Breve* de la Academia Nacional de la Historia, se cumplen dos propósitos: difundir, por una parte, el texto de Picón-Salas y resaltar, por la otra, la relación de don Andrés Bello con los asuntos históricos.

SIMÓN ALBERTO CONSALVI

BELLO Y LA HISTORIA

I. LA BIBLIOTECA DE BELLO Y SU CULTURA HISTÓRICA

El 15 de junio de 1867, el historiador Diego Barros Arana por encargo de la Biblioteca Nacional de Chile concluye de tasar los libros que pertenecieron a don Andrés Bello y que él avalúa en cuatro mil setecientos cuarenta y dos pesos, ochenta y cinco centavos. (Buenos pesos de 48 peniques en una época de auge para la nación chilena, cuando los capitales ingleses invertidos en minas y trasportes eran decisivos en su economía). La lista de libros escrita por la pluma del futuro autor de la *Historia General de Chile* es un testimonio de la inagotable inquietud enciclopédica de Bello hasta el día de su muerte.

Naturalmente que las colecciones de Literatura, Gramática y Derecho forman el más imponente conjunto, pero abundan, asimismo, los libros de Historia. Y cómo desde su retiro santiaguino seguía don Andrés todos los violentos cambios de la Historiografía en un siglo tan cargado de sentimiento historicista como el XIX, es una de las sorpresas más gratas del catálogo. En su larga vida Bello fue testigo de la mayor transformación en la Ciencia histórica que hasta entonces conociera la cultura europea, y —como hemos de verlo— no permanece inmune a ese movimiento espiritual que va del Enciclopedismo al Romanticismo. Lo histórico será método y conciencia viva en sus teorías lingüísticas y gramaticales, en sus estudios jurídicos, en los opúsculos de tan varia lección que salieron de su pluma.

Quizás los filósofos de la política dirán que la Constitución chilena de 1833, escrita en gran parte por Bello, fue la que tuvo en Hispano-América más larga duración porque no salió de un esquema racionalista, sino supo consultar como ninguna otra las costumbres, la tradición y todas las influencias cambiantes que se observaban en el país en el momento de promulgarse. Todo en el siglo XIX: el lenguaje, el Derecho, las formas políticas, las nacientes investigaciones sociológicas, habían de someterse a la prueba testimonial de la Historia. El racionalismo dieciochesco al pasar por la experiencia temblorosa de las revoluciones y el romanticismo, iba a la Historia como a un extraño, cambiante y encantado espejo de la diversidad humana. La Filología se hermanaba con ella, y "mensajera de la eternidad"—como la llamó Niebuhr— oponía a la vieja Gramática regañona y normativa una Gramática Histórica. Europa recogía y clasificaba, al mismo tiempo, el espléndido y diverso botín de las civilizaciones lejanas, y en las grandes síntesis francesas, inglesas o germánicas, popularizaba (como no se había hecho antes) el nuevo paradigma pedagógico de la Historia Universal. Vigía constante de los movimientos espirituales de su época, no es extraño que la biblioteca de Bello estuviera al día en Historia como lo estaba en Derecho o estudios literarios.

Curiosamente fue uno de sus discípulos, Barros Arana, quien en la monumental *Historia General de Chile* parece cumplir los métodos de trabajo histórico recomendado por el maestro, el que nos da la lista póstuma de los libros de Bello. Y vale la pena preguntarse cómo sería de ejemplar la influencia de nuestro gran humanista y de sus colecciones de libros, sobre el futuro gran historiador chileno. Quizás por el orden de su investigación y rigor expositivo que no excluye cierta elegancia seca y austera, Barros Arana sea la figura más importante de la Historiografía de Hispano-América en la segunda mitad del siglo XIX. Y en torno de estos dos nombres considerables: el del maestro venezo-

lano que muere en 1865 y el del historiador chileno (1830-1907), se puede escribir gran parte de la Historia cultural de Chile durante tres cuartos de siglo.

En los libros tasados por Barros Arana, seguimos el vasto derrotero de las lecturas históricas de Bello. Todo el estante K de la biblioteca estaba dedicado a una de las ramas de la Historia que sufrió mayor remozamiento durante la centuria: la Historia literaria. Allí aparecen las conocidas obras de Ticknor sobre Literatura española; la de Schoell sobre los clásicos griegos; las de Villemain y Sismondi sobre literaturas europeas; los estudios de Ozanan sobre Italia y libros más difíciles y ya entonces muy raros como los *Monuments de la Mythologie et de la poesie des celtes et particulièrement des anciens scandinaves* de Mallet, en la costosa edición de Copenhague en 1766. Vecina a ellos —como expresando la amable y comedida simpatía de don Andrés por el Romanticismo— estaba la obra completa de Walter Scott. Y valdría la pena estudiar si el material legendario del fantástico escocés, no estimuló a Bello en tan curiosas aventuras imaginativas de evocación poética del pasado, como su frustrado poema *El proscrito*.

En las páginas de *El Repertorio Americano* ya había mostrado Bello su general conocimiento de la Historiografía primitiva de América y de los cronistas de Indias. Quizás la inquietud autóctona y el vivo despertar de la conciencia criolla en los días que precedieron a la Independencia hizo que él —como casi todos sus contemporáneos—, leyera a Las Casas, Oviedo y Herrera y buscase en dichas crónicas un alegato americano que oponer al sistema colonial español. Si Bolívar revela tanto y tan ágil conocimiento de la historiografía de Indias, no es extraño que Bello dentro de su mayor especialización letrada, la conociese eruditamente. Y pocos ensayos históricos escribió con tanta vivacidad, fuerza interpretativa y reveladora selección de testimonios, como el que destina en el tercer volumen de *El Repertorio*¹ a juzgar la

¹ Londres, abril de 1827.

Colección de los viajes y descubrimientos por don Martín Fernández de Navarrete. El resumen bibliográfico le sirve de pretexto para una explicación, bastante aguda y no desprovista de gracia estilística, de la empresa española en América. El carácter de la conquista y el análisis de una personalidad tan misteriosa e irradiante como la de Cristóbal Colón, es el tema del ensayo en que con fogosidad de criollo —un poco extraña dentro de la común templanza de sus trabajos eruditos— polemiza con Navarrete y trata de disminuir su exaltada apología hispana. Con amor de lingüista saborea la áspera prosa un tanto ingenua y difusa pero llena de pintoresquismo casi conversacional de Las Casas, del Cura Bernáldez, y de las cartas del almirante. Nota con ironía que después del triste regreso de Colón a España en 1500, cargado de cadenas y víctima de las intrigas de Bobadilla y Fonseca, se le otorga el privilegio de “andar por aquellos reinos en mula ensillada y enfrenada a causa de su ancianidad”. Recoge de Las Casas, por la frescura y espontaneidad de la expresión, algunas definiciones de los productos indígenas que ven por primera vez los ojos españoles, como este descubrimiento del “tabaco”:

“Estos sahumeros son unas yerbas secas, metidos en una cierta hoja seca también, a manera de mosquito; y encendido por una parte de él, por la otra chupan o sorben o reciben con el resuello para adentro aquel humo, con el cual adormecen las carnes y cuasi se emborrachan, y así diz que no sienten el cansancio. Estos mosquetes, o como los llamaremos, llaman ellos ‘tabacos’. Españoles conocí yo en esta Isla Española que los acostumbraron a tomar, que siendo reprendidos por ellos diciéndoseles que aquello era vicio, respondían que no era en su mano dejarlos de tomar. No sé qué sabor o provecho hallaban en ello”².

Como un historiador de la Cultura a quien interesan no sólo los grandes hechos externos, sino las modificaciones de costumbres y nuevas formas de vida que el descubrimiento de América y la primera y fácil esclavitud de los naturales,

² Las Casas, *Historia General*, libro 1º, capítulo 46.

suscita en los españoles, anota en una de las cartas de Colón los fenómenos de flojedad moral, rapiña y haraganería engendrados, a veces, por la conquista:

"En lo demás, es tierra de los mayores haraganes del mundo, e nuestra gente en ella no hay güeno ni malo que no tenga dos o más indios que lo sirvan y perros que les cacen, y bien (que no sea para decir) mujeres a tan fermosas, que es marabilla, de la cual costumbre estoy muy descontento, porque me parece que no sea servicio de Dios ni lo puedo remediar"³.

Como la gran colección de Navarrete se edita en Madrid en 1825 en el momento en que se dan en el Perú las batallas finales de la emancipación americana, Bello aprovecha la oportunidad de la reseña para rectificar algunos conceptos del compilador, como el de que "los indios estaban bien hallados con la dominación española"; de que miraban "con desconfianza y repugnancia el nuevo orden de cosas" y de que los americanos han sido regidos bajo el sistema colonial por las mejores leyes. En el primer punto Bello recuerda a Navarrete las continuas revueltas indígenas que se sucedieron desde "el ruidoso levantamiento de Tupac-Amaru" y que se han prolongado en "las diversas alteraciones" de la Paz, La Plata, Quito y México. En el segundo punto, aborda —para refutarlo— uno de los temas de más continua y patética instancia en la Sociología americana como es el del desajuste entre la teoría y la realidad social:

"El candor con que el señor Navarrete ensalza las benévolas intenciones de los reyes y las sabias y bien entendidas disposiciones del Código de Indias, no puede producir otro efecto en nosotros que el de hacernos compadecer a los que piensan que puede ser prácticamente útil y benéfico un cuerpo de leyes cuya ejecución tiene por única garantía la autoridad de jefes y jueces absolutos. Hayan sido en hora buena, piadosísimas las intenciones del legislador. Pero ¿se han cumplido? ¿Y de qué sirven reglamentos que pueden quebrantarse o eludirse con impunidad? La primera cualidad de una legislación, y sin la cual

³ Capítulo 155 de Navarrete.

todas las otras son vanas, es la de hacerse observar. La parte más sabia y mejor entendida de estas leyes, según sus panegiristas, y la que ha sido mejor observada, porque en ella se consultaron los intereses de la metrópoli, no los nuestros, es la que tiene por objeto la protección de los indígenas. ¿Y a qué se reduce? A mantenerlos en pupilaje perpetuo. ¡Admirable legislación que niega al hombre el uso de sus derechos para precaver el abuso!”

Frente a la peregrina opinión de Navarrete de que casi todo era justo bajo el dominio español, y que acaso ha sido el contagio volcánico de las ideas francesas lo que ha producido el movimiento de la independencia americana, Bello desarrolla su muy comprensiva tesis de las revoluciones:

“No es como algunos piensan, el entusiasmo de teorías exageradas o mal entendidas lo que ha producido y sostenido nuestra revolución. Una llama de esta especie no hubiera podido prender en toda la masa de un gran pueblo, ni durar largo tiempo en medio de privaciones, horrores y miserias, cuales no se han visto en ninguna otra guerra de independencia. Lo que lo produjo y sostuvo fue el deseo inherente a toda gran sociedad de administrar sus propios intereses y de no recibir leyes de otra: deseo que en las circunstancias de la América, había llegado a ser una necesidad imperiosa. Siguiendo el impulso de este legítimo y honroso sentimiento, lejos de degenerar de nuestros mayores cuyas virtudes nos recuerda el señor Navarrete, creemos obrar en el espíritu de sus antiguas instituciones, e imitarlos mejor que los que desconociéndolas, las tienen por invenciones de extranjeros, y las califican de fantasmas e ilusiones”.

Que la Historia no oculte nada; que ningún prejuicio patriótico prevalezca contra la veracidad, es pensamiento insistente de Bello en este debate que de cierto modo se iniciará en enero de 1827 al comentar en el tomo II de *El Repertorio*, la edición londinense de las *Noticias secretas de América*, hecha por David Barry. Navarrete se quejaba en la nota introductoria de la *Colección de viajes* de que se estuvieran imprimiendo en Inglaterra aquellas *Noticias* que agraviaban a España, y Bello argumenta:

“Esta queja no parece muy digna de ser atendida por la filosofía y amor a la verdad y justicia que tan altamente se

Catálogo i tasacion de la biblioteca del L. D. Andrés Bello

Libro N.		4	4
George Ticknor	History of Spanish Literature - 2 nd edition - New York. Harper and Brothers - 1854. 36.	6	
George Ticknor	Historia de la Literatura Española, tra- ducida del castellano con adiciones y notas por Gayangos. Vicio. Madrid. Piranesi - 1856. 12.	10	
Robt. Schell	Historie de la Littérature grecque depuis depuis son origine jusqu'à la prise de Con- stantinople par les Turcs; suivie d'un frag- ment de l'histoire de la transplantation de la Littérature Grecque en Occident. 2 ^{ème} édition entièrement révisée, avec nouveau plan et enrichie de la science bibliographique. Paris. Jui de Jule. 1848.	12	
P. L. Guzman	Historia Literaria de España. 2 ^{da} edición revisada y corregida. 12. 18. 18. 18. 18. ante del autor, con el retrato del autor y de los autores.		

Primera página del "Catálogo y tasación de la Biblioteca de Andrés Bello", hecho por Diego Barros Arana, firmado en Santiago a 15 de junio de 1867, con un valor de 4.742,85 pesos. La Biblioteca fue adquirida por la Universidad de Chile.

	al Emblema de la muerte - Londres - 1825. 3 vol.	3
1. 64	El mundo de la muerte - Literatura del Medio del Sur. fr. Paris - Bachelier 1813 - 2 vol.	5
1. 64	de la Harpe - Leçons de littérature ancienne et moderne avec des notes, des dissertations latines - Paris - Bachelier 1834. 2 vol.	5
A. E. Goussier	Deuxième recueil pour servir à l'his- toire littéraire de l'Italie, depuis le 15 ^e siècle de jusqu'à l'18 ^e , avec des recherches sur le moyen âge italien - Paris - Lesclapart et Co. 1838 - 1 vol.	2
1. id - id.	Les poètes français en Italie au 15 ^e siècle, avec des notes de poésies de l'école française - Paris - Lesclapart et Co. 1838 - 1 vol.	2
L. A. Mendel	Essays analytiques et critiques sur la première moitié de la littérature romane et particulièrement sur l'œuvre de Dante - Paris - Bachelier 1832 - 1 vol.	75
1. 1840	Monuments de la mythologie et de la poésie des Celtes et particulièrement de l'ancienne Scandinavie, pour servir de supplément et de preuves à l'in- troduction de l'histoire de Danemarck - Copenhague - Claude Philibert - 1856 - 1 vol.	1 50
Emmanuel	Jeux d'art de la poésie française après les œuvres de la littérature - Paris - H. Salvaire 1848 - 2 vol.	1 75
	Monuments de l'histoire de France	2 00

Facsimil de una de las páginas del Catálogo y tasación de la Biblioteca particular de Bello, obra de Barros Arana.

vindican en las *Noticias secretas* de los dos sabios españoles; ni es admisible la imputación que en la misma nota se hace de que no se impriman por honrar a la nación española, sino para dividir a sus individuos de ambos mundos y sembrar entre ellos la discordia. El no ocultar la verdad, el revelar la causa de grandes males, el indicar remedios, podrá si se quiere perjudicar a los que viven de abusos, pero ciertamente será acción benemérita y muy digna de loor, y la nación que cuenta entre sus hijos escritores de este temple, tiene sin duda que honrarse”.

Como para todos los pensadores y escritores de la época de la Independencia, comenzando por Bolívar, la Historia de la empresa española en América no fue para Bello solamente conocimiento erudito, sino necesidad de explicarse los antecedentes y legitimidad de la lucha autonómica. El aprecio que hace después, de los valores de la cultura española y la cautela con que quiere precaverse y precaver a los historiadores hispano-americanos de la enconada pasión reciente con que juzgan la guerra emancipadora, será —como lo veremos en su polémica con Chacón y Lastarria— uno de sus persistentes temas historiográficos. Por ahora observamos cómo desde Londres lee las fuentes fundamentales de la Historiografía americana. Y contra los gustos históricos españoles, deformados por dos siglos de muy adornada y recompuesta historiografía barroca, hay en él la tendencia de revalorizar, aun desde el punto de vista estético, las fuentes originarias; a saborear el relato en la prosa directa de los testigos y no en la versión decorativa y retórica que dieran de la conquista, historiadores como Solís. Ejemplo de ello es el continuo elogio que hace de la obra de Bernal Díaz del Castillo que ya le parece, a pesar de su soldadesco desaliño estilístico, una de las obras maestras de la Historiografía indiana y de las cartas de los conquistadores como Hernán Cortés. También en el artículo sobre Navarrete sabe entretenerse, muy moderadamente, no sólo en las complejidades psicológicas de un tan extraordinario personaje como Cristóbal Colón sino cómo ellas determinan, asimismo, la suma peculiaridad y extraña fuerza profética de su estilo escrito.

Admirable es en el trabajo el análisis del espíritu visionario, religiosamente confuso, crédulo en su predestinación, del almirante en su carta de relación del tercer viaje y en la extrañísima del cuarto, cuando enfermo de fiebre y sumido en la mayor angustia, cree oír como Moisés voces divinas que le conjuran y le recuerdan su casi sobrenatural destino. Modelo de penetración literaria, impregnado de sentimiento histórico como no era habitual en la crítica de la época, es el examen de esas alucinadas páginas del Descubridor. Y casi nos dolemos de que la fría preocupación informativa de resumir libros para los lectores de *El Repertorio* y posteriormente para los de *El Araucano* y los *Anales de la Universidad de Chile*, no le permitieran siempre el desahogo de interpretación personal, a ratos poética y siempre penetrante, que luce aquel estudio sobre las fuentes historiográficas de América. Gran parte de la obra de Bello —hay que subrayarlo para los lectores de hoy— está comprimida por un reclamo didáctico o periodístico. Informar y resumir con fidelidad fue una de sus abrumadoras tareas. Nunca olvidará —sobre todo en los escritos de Chile— que cumple su magisterio en un país naciente al que es preciso ofrecerle los rudimentos, y acercarle en claros resúmenes los resultados y métodos de la Cultura de la época. ¡Pero, cuánta sabiduría coloreada de agudeza y precisión lingüística habrá de deslizarse, a pesar suyo, en ciertos escuetos informes que deberían ser modelo de frialdad administrativa como el que escribe rebatiendo en nombre de la Facultad de Humanidades, un mediocre texto de Geografía Antigua escrito por el señor Domingo Antonio Moreno! Es la oportunidad para un viaje humanista a los lugares del mundo clásico y para el sabio regodeo al discutir las etimologías y toponimias de tan historiadadas comarcas. El señor Moreno ha hecho sólo listas geográficas, sin suficiente conocimiento de las fuentes griegas y latinas, calzando apenas dentro de los mapas modernos de Europa, Asia Occidental y el Mediterráneo, los bellos nombres de la Antigüedad, y en defensa de los clásicos don Andrés insurge

contra semejante información opaca e incompleta. Reclama al autor que sepa respetar y detenerse más en su texto, en tantos sitios embellecidos por la Literatura y la Historia heroica. Le reprocha, verbigracia, en el capítulo consagrado a la España romana:

“Ni una palabra de Sagunto; ni una palabra de Numancia; ni una palabra de Mérida (Emerita Augusta) cuyas ruinas testifican hoy día su antigua magnificencia; ni de Itálica, a la que si se le disputa la cuna de Adriano y Teodosio, le queda a lo menos la gloria de haber dado a Roma el más ilustre y grande de sus emperadores, ni de Córdoba, patria de los Sénecas y de Lúcano; ni de Cartagena (Carthago Nova), capital de la provincia cartaginense; ni de Játiva (Setuba) célebre por sus manufacturas de lino; ni de Cádiz (Gades), ni de otras varias, algo más dignas de memoria que Niebla (Ilipula)”.

No separa, pues, Bello, la Historia de su venerable parentesco con las Humanidades clásicas, y en el catálogo minucioso de Barros Arana medimos la ordenada avidez de sus lecturas. Ordenada avidez porque todo cuanto lee parece transformarse de inmediato en síntesis e información, y todo se le vuelve didáctica, aun con peligro de su pensamiento personal. Relee su Tucídides, su Tito Livio o su Tácito, pero esto no le impide gustar a Macaulay o a Michelet. A la Historia del Derecho corresponden algunos de los libros más caros y escasos de la colección tasada por Barros Arana. Hay entre otras rarezas el *Corps universel diplomatique de Droit de Gens* y la *Histoire des traités de paix* por Bayberac y Rousset en las ediciones de Amsterdam 1729-1735; la *Rota romana de Cardenales* en la edición de 1734, el *Corpus Juris Justiniani*, bellamente impreso en Lugduni, 1618. Todo un lujo de bibliófilo (en quien nunca dispuso de demasiado dinero para compilar incunables) es la deleitosa edición hecha por Plantino en 1597 del *Tratado de religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano* del Padre Pedro Rivadeneira, una de las primeras refutaciones españolas a Maquiavelo, cuyo precio fija el tasador en la elevada suma de \$ 175.

La Historiografía moderna a partir de Vico y de Vol-

taire, siguiendo con Herder y Burke y prolongándose en las obras más importantes del Romanticismo, ocupa también buena parte de sus colecciones. Aparecen, por ejemplo, la famosa obra de Savigny sobre el Derecho romano de la Edad Media; la de Niebuhr sobre Roma, la de Sismonde de Sismondi, las de Barante, Thierry, Michelet, Guizot, Macaulay, Thiers, Louis Blanc, Prescott, Tocqueville (*Democracia en América*) y Washington Irving. De esa artillería de libros nuevos habrá de hacer el más adecuado uso en la memorable polémica con Chacón. Otras novedades bibliográficas de Europa le llegan a través del *Journal des débats* y de *La Revue de deux mondes*. Y con no menor curiosidad —y así como había estudiado en Londres la Historiografía de Indias— estaba siguiendo el nuevo pensamiento histórico hispanoamericano y la encendida polémica entre conservadores y liberales, clericales y anti-clericales, en obras como las de Alamán y Mora sobre México, Samper y Arosemena sobre Colombia, Alberdi y Sarmiento sobre Argentina, Vigil sobre el Perú.

Chile —el único país que se había salvado del caudillismo y las dictaduras endémicas latino-americanas— era entonces buen mirador y punto de encuentro de desterrados, ideólogos y utopistas políticos de toda América. Se debatían en la prensa temas como el de una “liga suramericana” propuesta por el panameño Arosemena; las tentativas de reconquista del Ecuador con el apoyo de España, por el General Flores; los conflictivos problemas de Perú y Bolivia; las pérdidas de México después de la asoladora guerra de 1847; la situación colonial de Cuba. En pocos países irradió tanto el Romanticismo político, a la francesa, con su secuela de filantropismo y socialismo utópico, y aunque tales ideas no podían derribar la sólida estructura oligárquica de la sociedad chilena, el “calmado progreso” que parecía la fórmula de un gobernante jurista y pedagogo como don Manuel Montt, así lanzaban su tormenta juvenil en las bulliciosas aulas del Instituto Nacional o de la Universidad de Santiago. Con ideas

de aquel Louis Blanc cuya Historia —casi socialista— de la Revolución Francesa había leído Bello; con un poco de Proudhon y de Edgard Quinet, había brotado la insurgencia de un Bilbao contra la Iglesia y la aristocracia chilena y comenzaría a formarse después de la década del cincuenta, el futuro partido radical. Aun un discípulo de Bello tan comedido, laborioso y erudito como don Diego Barros Arana, profesaba en materia de religión las ideas más heréticas. Así don Andrés había asistido en su larga vida a una de las más clamorosas tormentas ideológicas de la época, pero, hombre de gabinete, parecía mirarlo todo en un tranquilo eclecticismo social, sin alterarse por nada, dispuesto a examinar fríamente las tesis contrarias y guardando y clasificando en su biblioteca los libros ortodoxos y heterodoxos.

Vamos a ver —después de esta corta visita a su biblioteca— cómo caminará a través de los años y las lecturas, su pensamiento histórico.

II. LOS PRIMEROS TRABAJOS HISTÓRICOS DE BELLO

En un momento crucial para la Historia del imperio español (1808) y para la de las colonias hispano-americanas se escribieron los primeros trabajos históricos de Bello: el informe que el Capitán General envía a las autoridades peninsulares acerca de la misión que John Robertson, Secretario del Gobernador de Curazao, ha venido a cumplir en Caracas; el prospecto del *Calendario Manual y guía universal de forasteros* para 1810 y el *Resumen de Historia de Venezuela* que debía formar parte de aquella obra pero se publicó anónimamente. Los estudios recientes de Grases han demostrado con decisivos testimonios cómo estos tres trabajos salieron de la misma pluma, analítica y serena, del gran humanista venezolano. De cierto modo —y por las especialísimas circunstancias en que se escriben— son documentos de Historia contemporánea ya que la universal tormenta que están levantando en Europa las guerras napoleó-

nicas y la invasión de España por las tropas francesas, sirve de ocasión reflexiva para mirar el próximo destino de la monarquía y las medidas de prudencia que es necesario tomar desde América. Momento crítico de un sistema y de una tradición secular en que el impulso de los sucesos se desplaza más rápido que toda costumbre y orden legal; y aun antes de emanciparse políticamente de la metrópoli, las sosegadas colonias se ven envueltas en una tormenta imprevisible. Hora adecuada para un examen de conciencia de América, semejante al que otros enciclopedistas hispano-americanos (Francisco Javier Eugenio Espejo, Manuel Belgrano, José Miguel Lastarria) emprendieron varios lustros antes en sus respectivas comarcas. Aunque sea tan prudente el espíritu de Bello; aunque no forme parte todavía de los precursores o propagandistas de la Independencia política; aunque de acuerdo con su carácter le atemorice toda revolución, esas páginas juveniles forman parte de una corriente común enciclopédica que se había incorporado al pensamiento de Hispano-América desde las últimas décadas del siglo XVII.

En sucesivo orden cronológico los primeros documentos reveladores de un enciclopedismo venezolano serían los escritos conspirativos de Francisco de Miranda, el discurso de Sanz en el Colegio de Abogados de Caracas en 1790 en que censura la educación colonial, el plan de don Simón Rodríguez para una casi revolucionaria escuela pública en Caracas y estas páginas de Bello de tan clara y concreta percepción histórica. No importa tanto para valorizar los productos de nuestro Enciclopedismo criollo en que apunta con mucho vigor la creciente conciencia política venezolana, que Miranda y Simón Rodríguez sean entonces convictos adversarios del régimen español, y que el joven Andrés Bello cumpla escrupulosamente sus funciones en la Secretaría del Capitán General y haya cantado en versos de buen súbdito, la grandeza de la Monarquía. Lo curioso es que todos —como hemos de verlo— advierten un cambio

social, y este cambio suscita una nueva actitud histórica. Todos coinciden en la grandeza creciente de América y reafirman un definido patriotismo americano. Aun en su casi cortesano y neoclásico poema "A la vacuna, en acción de gracias al Rey de las Españas", escrito hacia 1804, Bello dijo entusiastamente:

Muchas regiones, bajo los auspicios
españoles produce el hondo seno
del mar; y en breve tiempo, las adornan
leyes, industrias, población, comercio.
El piloto que un tiempo las hercúneas
columnas vio con religioso miedo,
aprende nuevas rutas, y las artes
del antiguo traslada al mundo nuevo.

No es de colonias ciegamente sumisas de lo que quieren hablar los escritos hispanoamericanos desde el último tercio del siglo XVIII, sino de países en pleno desarrollo que tienen ya la certeza y esperanza de sus recursos, y se valen para pedir reformas de los mismos argumentos de la literatura crítica en auge en España durante los largos años que median entre Feijóo y Campomanes y Jovellanos. Lo característico de este enciclopedismo —aunque se sea enemigo de la Monarquía como los arriesgados precursores de la Independencia de América, o servidor de ella como el joven humanista venezolano— es su pasión por lo social, lo histórico, lo concreto, en contraste con la intemporalidad de la educación anterior. En el viejo debate hispánico entre lo temporal y lo eterno, esencia de la antigua literatura barroca, estos escritores ponían todo su riego en la causa de lo temporal. Una doble fe en la Naturaleza como suma y sabia maestra a la que se ha interrogado poco, y en el hombre que por medio de su razón puede vencer las contingencias y acercarse a un mundo cada vez más perfectible, prevalece en el pensamiento de entonces. Después Bello erigirá contra las ilusiones excesivas de la razón transformadora, los límites de su empirismo a la inglesa, pero por el momento, su

más fresca hora juvenil, comparte las esperanzas y optimismo de la Filosofía de la Ilustración.

Eso sí que su enciclopedismo o prudente progresismo, viene apoyado en los sillares en su tradición clásica. Aun cuando estudie los filósofos ingleses no olvida los poetas latinos que le enseñaran en la adolescencia Fray Cristóbal de Quesada y el Padre Montenegro. Virgilio será durante toda su vida, maestro de estética y guía moral. Y aquel encendido debate entre antiguos y modernos, entre autoridad y progreso, cambio y tradición, casi le parece sin sentido ya que clasicismo y modernidad pueden acordarse en un mismo sistema de educación humana. La Cultura es para Bello conciliación y no guerra civil. Al acarreo de lecturas e impulsos culturales que revelan los primeros trabajos de Bello, viene a sumarse otro amor más, constante en toda su obra: sus gustos de geógrafo y casi de naturalista. Los años que precedieron a su juventud, fueron en toda América de exploración de la Naturaleza, de estudios botánicos y mineralógicos como los de Ruiz de Pavón en el Perú, de Mutis, y posteriormente de Caldas, en Nueva Granada. Aun en los jesuitas expulsos del siglo XVIII —como el chileno Molina— el humanismo y enciclopedismo americano se tiñeron de pasión naturalista. En bálsamos y plantas preciosas, aún no bien utilizadas por la ciencia, en parajes que sólo esperan buenas botas de caminador y estudios adecuados, América parece guardar un oculto paraíso para la ciencia europea. Un nuevo descubrimiento de la Naturaleza americana se está cumpliendo desde la segunda mitad del siglo XVIII. Y entre los grandes estímulos juveniles de Bello cuenta la presencia de Humboldt en Caracas, a fines de 1799 y comienzos de 1800. Es uno de los pocos excursionistas que le acompañan —aunque no alcanza a trepar a la cima— en la ascensión a la Silla del Ávila el 2 de enero de 1800. Bello contaría en sus conversaciones a Amunátegui, que a los expedicionarios se había sumado un capuchino español que silbando mucho sus eses y subrayando sus con-

sonantes, comenzó la subida propalando la superior fortaleza física de los peninsulares en contraste con los criollos. Pero, castigo de su lengua, fue el primero que quedó molido y aceceante en las primeras estribaciones de la abultada serranía.

Y diríase que Humboldt, segundo Cristóbal Colón del Nuevo Mundo, rapsoda y analista de las selvas, los ríos y los volcanes, maestro no sólo de Geografía Física sino de una Geografía humana que parecía nacer con él, suscitó en Bello aquella afición geográfica de que darán después testimonio muchas notas de su obra de polígrafo. Bello traducirá la magnífica "Descripción del Orinoco" que aparece en el *Viaje a las regiones equinocciales*; reseña el *Ensayo político sobre la isla de Cuba* y comenta numerosos temas de Geografía en sus dos revistas londinenses: *La Biblioteca* y *El Repertorio Americano*. Así no es extraño que en el *Resumen de la Historia de Venezuela* (1808) ya aparezcan, a pesar de la brevedad del trabajo, observaciones sobre los productos, comercio y naturaleza venezolana que no abundaban en la Historiografía precedente.

Marcen estos trabajos los albores de una Historia moderna de Venezuela que se diferencia ya en los métodos y temas que subrayan, de toda la narrativa histórica colonial. Le quedan de sus lecturas clásicas abundantes símiles retóricos, y los héroes de la antigüedad greco-romana vuelven a ser paradigma del valor de los caciques indios en su lucha contra los españoles, en los días de la conquista. Así Sorocaima al lanzar su mano para que la mutilen los hombres de Garci-González, es un émulo de Atilio Régulo. Muy hispana y clásica es también la maldición del oro cuyo demoníaco señuelo y la persecución de un Dorado inasible, hace tan devastador y cruel el primer siglo de la aventura española en Venezuela:

"En la gobernación de Venezuela era el hallazgo del Dorado, el móvil de todas las empresas, la causa de todos los males y el origen de todos los descubrimientos".

Un continuo drama de la historia hispánica, la lucha de los municipios y la comunidad organizada contra los abusos del poder despótico, tema de grandes obras en el teatro del siglo de Oro, lo ve también cumplirse Bello de los comienzos de la vida venezolana. De elevada belleza es su relato de la lucha que tienen que sostener los vecinos de Caraballeda, primer puerto de Caracas, contra las violencias y abusos del Gobernador Luis de Rojas (1587):

"Rojas que había visto con indiferencia perder veinte leguas de jurisdicción, no quiere sufrir que el Cabildo de Caraballeda conserve el simulacro de la autoridad que el Rey había depositado en su Ayuntamiento, y se empeña en vulnerar los sagrados derechos del común nombramiento de los Alcaldes para el año 1587. En vano quiere oponerse aquella respetable Municipalidad a la escandalosa violación de sus derechos; la fuerza prevalece contra la justicia, y los vecinos de Caraballeda antes que dar lugar a excesos que hubieran deshonrado su causa, prefirieron abandonar para siempre a los reptiles y cardones un lugar en que se había ultrajado la dignidad del hombre, y el carácter de sus representantes. Caraballeda quedó borrada del catálogo de las ciudades de Venezuela; pero sus ruinas serán un eterno monumento de la sumisión que siempre han acreditado sus habitantes a la Soberanía, aun con sacrificio de sus sagrados intereses".

La quijotesca escena —Don Quijote antes de que se escribiera *El Quijote*— del anciano Alonso Andrea de Ledesma que sale solo con su lanza por los desfiladeros que conducen al puerto de La Guaira, a morir por honor y por vengar el agravio que hacen a la provincia los piratas de Drake, merece en Bello (como antes en Oviedo y Baños), destacarse como uno de los actos de suma ejemplaridad moral en la aurora de nuestra Historia:

"Drake ayudado de la perfidia se hallaba cerca de Caracas, sin otra resistencia que la de un anciano sexagenario que no quiso comprar con la opresión de su patria los pocos años que faltaban a su vida. Alonso de Ledesma cuyo nombre no podrá callarse sin agravio de toda la posteridad de Venezuela, se hizo montar a caballo por sus criados, y empuñando en sus trémulas y respetables manos una lanza, salió al encuentro al corsario

para que no pasase adelante sin haber pisado el cadáver de un héroe. . . Quiso Drake honrar como era debido tanto desnudo y mandó a los suyos que respetasen al campeón de Caracas; pero el anciano Ledesma no quiso aceptar la injuriosa compasión de su enemigo, hasta que viendo los soldados que no se apaciguaba su coraje a menos costa que de la vida se la quitaron contra la voluntad de su jefe, que hizo llevar en pompa su cadáver para sepultarlo con aquellas señales de respeto que inspira el patriotismo a los mismos enemigos”.

Aparentemente el *Resumen de la Historia de Venezuela* debía ser —cómo su título lo indica— una apretada y clara síntesis de los sucesos ocurridos en el país hasta 1808, con destino a incorporarse al *Calendario Manual y Guía Universal de forasteros en Venezuela*, que Bello preparaba. Y no es, por tanto, la investigación de primera mano o las noticias inéditas lo que debe pedirse al compendio, sino el singular espíritu con que interpreta el pasado y la teoría del país que formulará. En muy virgiliana actitud que preludia ya la tesis de las “Silvas americanas” y muy particularmente de la Silva “A la agricultura de la zona tórrida”, contrasta Bello los tiempos crueles y devastadores en que los españoles buscaron el Dorado y abandonaban los primeros establecimientos en pos de una Manoa inalcanzable, con los otros —a partir ya de la segunda mitad del siglo XVII— cuando curados del espejismo del oro, se dedicaron a la más fiel y estable agricultura. Y la tierra supo premiar su deseo de permanencia. Si algo ya marca el carácter específico de la tierra venezolana comparada con otras provincias más áureas y brillantes del Imperio español, es esa vocación agrícola que para los días de Bello había formado —en contraste con las aristocracias cortesanas de México y Perú— una clase criolla con firme y entrañable conciencia territorial.

“Venezuela es hija de la agricultura” es teoría favorita de Bello, y las reformas económicas y sociales apetecibles son aquellas que fomenten y mejoren el trabajo del campo y busquen a los frutos fácil y remunerador comercio. Una tesis de naciente liberalismo económico contra las trabas y el mo-

nopolio comercial de la Monarquía; coincidente con la que ya habían sostenido en otros países hombres como Belgrano o José Miguel de Lastarria, fluye de las páginas del *Resumen*. Pero antes de afrontar el problema, especialmente en relación con el contrabando, continuo punto neurálgico de la economía colonial, veamos cómo Bello casi se embelesa en la laboriosidad y moderación virgiliana que encuentra en el país, frente al fausto derrochador y la aristocracia pomposa, de otras cortes de América. Los verdaderos venezolanos que surgieron después de lo que él denomina "la regeneración civil de Venezuela", a partir de los últimos años del siglo XVII, son hijos del desengaño que produjo la aventura guerrera en pos de inexistentes tesoros aborígenes:

"Entre las circunstancias favorables que contribuyeron a dar al sistema político de Venezuela una consistencia durable debe contarse el malogramiento de las minas que se descubrieron a los principios de su conquista. La atención de los conquistadores debió dirigirse desde luego a ocupaciones más sólidas, más útiles y más benéficas, y la agricultura fue lo más obvio que encontraron en un país donde la naturaleza ostentaba todo el aparato de la vegetación".

Contrasta asimismo en el *Resumen* la fijeza y seguridad que ha encontrado la población criolla en Venezuela, sobre todo después que la Real Cédula de 1754 resolvió los conflictos que surgieron en torno de la propiedad legal de las tierras, con el nomadismo y aventura que existe en los países mineros. Y muy criollamente elogia al español que se queda, en contraste con aquellos que no miran el país sino "como mansión pasajera y como un medio de volver ricos a la madre patria".

El contrabando en la opinión de Bello fue casi hijo de la necesidad, ya que los colonos (hasta la fundación de la Guipuzcoana) necesitaban clientela regular para sus ventas de cacao y recibir en trueque telas y rudimentarios implementos agrícolas, que le suministraban a buen precio los mercaderes holandeses de las Antillas. Sólo un normal co-

mercio con el mundo acabará de completar —según opinión de Bello— el auge económico de Venezuela que desde la segunda mitad del siglo XVIII se revela muy promisorio.

Atingencia con el problema tuvo la visita a Caracas en 1808 del Teniente Coronel Robertson, Secretario del Gobernador de Curazao —Antilla ocupada entonces por los ingleses— con el objeto de estudiar en nuestra Capitanía la regularización del comercio recíproco. Son los días en que Napoleón ha lanzado contra Inglaterra el bloqueo continental, y muchos de los productos coloniales no podían llegar con seguridad a Europa. Venezuela requiere la mercancía —más barata que la española— que almacenan los mercaderes antillanos, como la isla de Curazao no puede casi vivir sin los productos agrícolas que le van de nuestras costas. La nota que, por mano de Bello, escribe el Capitán General a la corte de Madrid es, a su modo, otro alegato por la mayor libertad de comercio y por la rebaja de derechos arancelarios entre ambas zonas. Y es tan apremiante la necesidad, que el Capitán General informa al Rey que aun a título provisional y mereciendo las protestas de la Intendencia de la Real Hacienda, se hace indispensable reducir las tarifas aduaneras. Hay ya como un orbe económico venezolano, de inmediata irradiación al próximo archipiélago de las Antillas, que no puede desenvolverse dentro de las trabas y recelosas previsiones de la política española. Y entre los argumentos que Bello señala en la nota a favor del más libre comercio con las islas del Caribe, se cita la importancia que tendrá en Venezuela, como resultado de eso, la próspera creación de una marina mercante. Se destacan ya en esos escritos algunas “constantes” de la Economía venezolana que parecen tan actuales.

Se ha dicho por muchos historiadores —como el mexicano Luis González y González— que fue un sentimiento de optimismo sobre los recursos y creciente posibilidad de América lo que engendra en los criollos desde fines del siglo XVIII, la ideología que conduce a la Emancipación. O se

contrasta el atraso y dificultades de España en relación con los países capitalistas europeos, con las riquezas que podría desenvolver América bajo un sistema autonómico. Yo mismo he dedicado a la tesis del optimismo, perceptible en todos los enciclopedistas criollos desde Espejo hasta Caldas, un pequeño ensayo de mi libro *Dependencia e Independencia en la Historia hispanoamericana*. La fe en la tierra venezolana y la transformación que pueden operar en ella el trabajo, las "artes útiles" y el intercambio con el mundo civilizado resalta, también, en el *Resumen* de Bello. Todo el pasado colonial que narra, no es sino el prelude sumamente prometedor del futuro. Desde fines del siglo XVII, desde el comienzo de "nuestra regeneración civil" (como él dice) no han hecho sino multiplicarse los recursos y población del país. Después del cacao de los valles calientes y de la caña de azúcar se sembró añil, y por último el café de las tierras altas. Se fundaron poblaciones y ricos hatos de ganado en las inmensas llanuras. El hombre criollo fue cada día dilatando la órbita de su trabajo, y continua y emprendedora fundación. Bello presencia el instante en que nuestra vida colonial llegó al ápice de abundancia y refinamiento. Pocas tierras más prósperas y hermosas, abrigadas de grandes árboles y hospitalarios casales blancos, plantó la mano del hombre en toda América, como aquellos valles de Aragua que encantaron a Humboldt. Bello se exalta ante aquel paisaje agrario, tan revelador de la riqueza venezolana de entonces y de la laboriosidad y diligencia de los hombres. Ante una naturaleza así, parece corroborar su teoría virgiliana. Y escribe con entusiasmo:

"...se vieron llegar los deliciosos valles de Aragua a un grado de riqueza y población de que apenas habrá ejemplo entre los pueblos más activos e industriosos. Desde La Victoria, hasta Valencia no se descubría otra perspectiva que la de la felicidad y la abundancia, y el viajero fatigado de la aspereza de las montañas que separan a este risueño país de la capital, se veía encantado con los placeres de la vida campestre, y acogido en todas partes con la más generosa hospitalidad. Nada

hallaba en los valles de Aragua que no le inclinase a hacer más lenta su marcha por ellos; por todas partes veía alternar la elaboración del añil con la del azúcar; y a cada paso encontraba un propietario americano o un arrendatario vizcaíno, que se disputaban el honor de ofrecerle todas las comodidades que proporciona la economía rural. A impulsos de tan favorables circunstancias se vieron salir de la nada todas las poblaciones que adornan hoy esta privilegiada mansión de la agricultura de Venezuela”.

Igual optimismo ofrecían las frases iniciales del *Prospecto para una Guía Universal de Forasteros*:

“La provincia de Venezuela debe elevarse al rango que la naturaleza le destina en la América. Como parte integrante del Gobierno de la Metrópoli ocupa un lugar distinguido en su sistema político, y como uno de los más privilegiados territorios del continente americano debe tenerlo entre los pueblos cultos del mundo”.

De cierto modo esa *Guía* de cuya publicación interrumpió obligadamente Bello porque sobrevinieron los tumultos del 19 de abril de 1810, no sólo expresaba una toma de razón y conciencia de un preterido país que empieza a sentirse adulto, sino en la latitud y variedad de materias que debería abarcar, se iniciaba una “Summa” de Venezuela como hasta entonces no había sido emprendida. El índice de materias que redacta para la obra propuesta, revela muy significativamente cuáles eran sus preocupaciones intelectuales en ese momento, y cómo a la Historia política y guerrera, quería agregar muchas y no tratadas noticias de Economía y Cultura. En el estudio del pasado le daba mucha importancia según sus propias palabras a “todo cuanto tenga relación con los medios políticos que se han empleado para conservar, organizar y poner en el estado de civilización y prosperidad en que se hallan, las provincias que hoy componen la Capitanía General de Venezuela”. Es decir, que muy de acuerdo con la Filosofía de la Ilustración, en la existencia del país hasta ese momento parecía cumplirse un desarrollo progresivo. Y a su curiosidad de filólogo no le bastaba cono-

cer los nombres de los lugares geográficos venezolanos, porque pretendía esclarecer —como significativo dato histórico— las toponimias indígenas. Ansioso de llegar a una Historia interna y no puramente narrativa o enumerativa, no le satisface decir que se realizó la conquista de los indios por los españoles, ya que es preciso estudiar “los medios empleados para su reducción o pacificación”. No es sólo tema de la Historia la narración de hermosos y muy aderezados sucesos y los elegantes retratos de personajes, al modo de Oviedo y Baños, sino el genio práctico del siglo exige que se consideren también en la descripción del país, todos los factores naturalísticos y climáticos, los productos del suelo y la manufactura y sus formas de distribución y comercio; las rentas públicas, las distancias y caminos, el tráfico interior, las cifras de importación y exportación, los frutos extraídos y los efectos introducidos.

No pudo realizar Bello el juvenil y ambicioso plan de su *Guía*. Pero partiendo del pretérito se va a ver envuelto, desde aquel agitado día de 1808, en que suben a Caracas los agentes de Bonaparte que anuncian la caída de los Borbones, en todos los torbellinos de la historia contemporánea. También los trastornos revolucionarios cambiarán su estilo de vida y el rumbo que parecía tan apacible de su vocación de letrado. Vendrá primero la misión a Inglaterra con Bolívar y López Méndez, y los largos y contradictorios años de estudio, trabajo y escasez, en la inmensa Londres. Vamos a ver cómo bajo otros climas y hablando otras lenguas, se ensancha y remodela su oceánica sabiduría.

III. LOS AÑOS DE LONDRES

Sólo conjeturalmente —y por lo que se revela en trabajos posteriores— podemos calar toda la influencia del pensamiento histórico inglés en la formación de Bello. O el pensamiento histórico que absorberá, no es sino una parte de su ingente erudición proyectada de preferencia a la Gramática,

la Lingüística, el Derecho y la Filosofía. De momento, Londres y su biblioteca del Museo Británico le sirven para ensanchar y renovar su caudal erudito. Bebe en fuentes directas la ideología europea de la Ilustración y del Pre-romanticismo; coteja grandes colecciones, se beneficia del estudio de la Lengua, el Derecho y la Literatura, en obras novísimas. Su visión tan amplia de las letras, la crítica y la estética literaria —opuesta al estrecho rigor escolar de los tradistas españoles contemporáneos como Hermosilla—, su estudio histórico del idioma partiendo de los códices medievales, e investigaciones tan minuciosas como las que realiza sobre el origen de la rima en la poesía latina de la Edad Media, son el producto de esos años. Y tanto sus ideas literarias como su pensamiento histórico y político, vendrán envueltos en aquel prudente y cauteloso empirismo, propio de la Filosofía británica.

Además de la amistad con los intelectuales españoles emigrados a Londres y conocedores de las letras inglesas como Blanco White, ha conocido a pensadores como James Mill —padre de John Stuart— y a Bentham, muy familiar a los venezolanos por su antigua relación con Miranda. Ambos se interesan, también, por la causa de la libertad sudamericana de que Bello es propagandista. Con el viejo Mill se cruzan varias cartas que aluden, entre otras cosas, al respeto y crédito moral que debe merecer en Inglaterra la independencia de Venezuela. Mill, muy inglés en su deseo de que los cambios políticos transcurran sin sangre, se asusta en una carta el 11 de diciembre de 1811 de ciertas matanzas de realistas españoles en Caracas de que ha informado la prensa; y de resultar ellas exageración o calumnia de los periódicos, lo incita a que sea rectificada la noticia en el "Morning Chronicle", para no causar "en el pueblo una profunda impresión, desfavorable a la causa de Caracas". En los recuerdos que Bello trasmite de anciano a su biógrafo Amunátegui, cuenta el de haber visto a John Stuart Mill, niño aún, y sentado en las piernas de su padre, mientras el viejo James comentaba

la precocidad del muchacho: "Ese chicuelo —dijo— posee ya perfectamente el griego y el latín".

Quizás la amistad de Mill le abrió a Bello todos los caminos de la Filosofía inglesa. En oposición al racionalismo o al materialismo radical que sirvió de fermento a la revolución de Francia, lo que predominaba en las ideologías insulares en esas dos primeras décadas del siglo XIX, eran los intereses prácticos, y por eso el utilitarismo de Bentham logrará tan popular audiencia. En su *Historia de la Filosofía Moderna*, Harald Höffding caracteriza muy bien cuáles eran las directrices determinantes del pensamiento británico entre 1810 y 1825. Tomamos de la versión francesa de la obra de Höffding⁴ algunas frases de su sintético panorama:

"En el dominio de la teoría del conocimiento, Hume había extraído tan radicales consecuencias de la precedente filosofía inglesa de la experiencia, que por el momento nada se innovaba en sus puntos de vista. Desde luego los intereses prácticos, políticos y religiosos se destacaban en un primer plano. Los hombres que cautivan el interés filosófico a comienzos del nuevo siglo, Jeremías Bentham y James Mill, se guían esencialmente por esos objetivos prácticos. La Ética y la Psicología de la antigua escuela inglesa se convierten en auxiliares de las ideas reformadoras. Bentham y James Mill no intentan escalar el cielo como los filósofos franceses del siglo XVIII, pero se encuentra en ellos una concentración de pensamientos sobre objetos determinados y un sentido de la aplicación práctica de principios generales que son como contrapartida benéfica de las tesis y declamaciones de los revolucionarios franceses. Los ingleses no gustan de disparar sus cañones en el vacío; prefieren tocar el objeto, aunque el ruido del cañón sea menos resonante".

A través de Mill, Bello ahonda en la doctrina asociacionista de los filósofos escoceses, Reid y Dugald Stewart, cuyas teorías psicológicas glosará en su *Filosofía del Entendimiento*. Partiendo de la psicología, Mill dotaba al utilitarismo de Bentham de más firme fundamento ético. No es extraño para nuestro objeto, saber que Mill se hizo conocer primero en las letras inglesas por un estudio histórico *History*

⁴ Paris, Alcan, 1906.

of British India, acerba requisitoria contra la explotación del territorio asiático por la Compañía de las Indias Orientales. Ardiente polemista contra los excesos del colonialismo europeo en los continentes distantes, es comprensible que simpatizara también con la causa de la independencia hispanoamericana. Pero a diferencia de los radicales revolucionarios franceses, el cambio en las costumbres y los abusos políticos sólo será —según él— obra de un lento y persistente proceso de educación social. En la lucha de clases que ya perfila el siglo XIX entre los extremadamente ricos y los extremadamente pobres, quiere apoyar y suscitar la formación de una clase media culta y organizada, como fuerza moderadora de la apocalipsis revolucionaria. “Tenía la convicción —dice Höffding— de que el sufragio universal no puede extenderse a las masas sino a medida que las luces y la instrucción se difundan. Esperaba el progreso ilimitado del género humano de una política que se apoyara en la instrucción general del pueblo y en el sufragio universal, y guiada por el principio de utilidad. El tema capital para él —como para Bentham— era que los hombres fuesen instruidos en sus intereses y que pudiesen obedecer a su razón”.

¡Cuánto se parece este pensamiento político evolutivo de James Mill, al de don Andrés Bello! A diferencia de Francia, Inglaterra —según los ingleses de entonces— no necesitaba de violentas revoluciones, y su escepticismo empirista y la experiencia progresiva de su Historia constitucional, le hacían esperar las reformas por una creciente expansión de las luces y dinámica necesaria de los intereses públicos. Lo típico del empirismo inglés desde Hume, es considerar que la experiencia y la observación son auxiliares de la razón que frenan continuamente los impulsos, a veces arrebatados y ciegos, de la naturaleza humana. Hay en los empiristas una dosis de cuidadoso escepticismo para conciliar el conflicto inevitable entre las ideas y las obras. Frente a los grandes sistemas y la abstracta lógica revolucionaria con que los franceses de entonces quisieron cambiar radicalmente el

mundo, los ingleses —siempre temerosos de los grandes sistemas generales— prefieren abordar cautelosamente la individualizada realidad. A la razón totalizadora, una e indivisible —como la república jacobina— de los franceses, ellos oponen su asociacionismo empírico, semejante al que la Corona mantenía con el Parlamento, desde la caída de los Estuardo. ¡Y cómo este método británico de ver la vida y la Historia será decisivo en la futura didáctica de don Andrés Bello! Veremos la influencia en sus teorías gramaticales, en sus ataques al dogmatismo retórico de un Hermosilla, en sus tesis jurídicas, en la sagacidad con que contrasta el análisis riguroso de los hechos y la crítica previa de los testimonios, con las grandes generalizaciones sociológicas al modo como lo intentaba Lastarria.

Mientras que la Historia racionalista parecía conducir a una meta teleológica —divina o revolucionaria—, la Historia empírica conducía al compromiso o la serena evolución, como en la propia vida política de Inglaterra. Frente a la apocalipsis revolucionaria que desde Francia amenazaba encender todo el continente europeo y esparcirse a los pueblos lejanos, los ingleses se gloriaban de la prosperidad y progreso que había conseguido su país. Ya Hume había estudiado en el siglo XVIII la fórmula feliz del gobierno inglés que era un equilibrio armonioso entre “autoridad y libertad”. Esto permitía —según el filósofo— que en las Islas Británicas vivieran millones de hombres en una forma “suitable to the dignity of human nature”. Y la primera gran homilía contra los excesos racionalistas de las revoluciones había partido de la obra pre-romántica de Burke *Reflections on the Revolution in France* (1790), idealización de la historia inglesa en contraste con el desatado furor de la historia continental.

A la idea de “revolución” oponen los ingleses su teoría del “constitucionalismo”, tan característica de la Historio-

grafía liberal del siglo XIX y que Eduard Fueter⁵ define de este modo:

"Los principios no demostrados de la historiografía liberal sólo podían apoyarse sobre un solo ejemplo de la historia, el buen funcionamiento de la constitución inglesa. También el constitucionalismo inglés, como se sabe, fue presentado como un modelo por los liberales de todos los países. Los historiadores franceses de la Restauración trataron la historia moderna de Inglaterra tan frecuentemente como la de su propio Estado, y en otros países las obras históricas inglesas encontraron tantos lectores, si no más, que los nacionales".

Hume parece un padre común de aquella Historiografía que desde el siglo XVIII, pasando por Gibbon y Robertson se prolongará, por lo menos, hasta Macaulay. Y de Hume quizás ha aprendido don Andrés Bello, muy liberal y serenamente, que los dos escollos más peligrosos de toda Historia y toda Política son la superstición y el ciego entusiasmo. En los conflictos futuros de nuestro humanista con la más beligerante juventud chilena, la que como Lastarria y Bilbao propone soluciones radicales, y también en su más velado combate contra los inexpugnables conservadores nunca olvida la tesis del autor del *Treatise on Human Nature*. Según la interpretación de Meinecke⁶ así se expresaba esta teoría de Hume:

"La corrupción de lo mejor, comienza Hume, engendra lo peor; es lo que enseñan los perniciosos efectos de la superstición y del entusiasmo, corrupciones de la verdadera religión. Pero su naturaleza es contraria. La superstición surge por el pavor y miedo ante fuerzas desconocidas, que luego se imaginan; colaboran la debilidad, la melancolía y la ignorancia. Pero existe también una dirección espiritual humana que, mediante exageración infundada, salud excesiva y orgullo espiritual, conduce al entusiasmo. También aquí trabaja la imaginación soñando cosas, singularmente revelaciones divinas inmediatas, a las que no corresponden ya bellezas ni alegrías sublunares.

.....
"Del estudio comparativo entre análogos fenómenos de la

⁵ Historia de la Historiografía moderna, Tomo II, págs. 177-78.

⁶ El Historicismo y su Génesis, págs. 178-179.

historia de la religión —anabaptistas en Alemania, camisards en Francia y levellers y convenanters en Escocia— deduce Hume la conclusión de que las religiones entusiásticas son, en sus comienzos, más furibundas y violentas que las supersticiones, pero se moderan y suavizan tras breve tiempo. Su furia es como la de los truenos y tempestades que se agotan a sí mismos y dejan pronto tras sí una atmósfera más clara y serena, mientras que la superstición, por el contrario, se insinúa gradual e imperceptiblemente, preparando a los hombres a la tiranía teocrática”.

Entre otras ventajas Hume había fijado a la Historia la de alimentar la fantasía (“amuses the fancy”), desenvolver la comprensión intelectual y moral (“improves the understanding strengthens virtue”) y traer a la experiencia individual la suma variedad de las manifestaciones humanas (“variety of mankind”). En muchas páginas de Bello cuando exalta, por ejemplo, la peculiaridad de la Historia de América y la necesidad de que los hispanoamericanos la estudien desde su propio ángulo nacional, veremos la resonancia que en él mantiene el pensamiento británico.

Empezará también a asistir desde Londres a aquella revolución en el conocimiento histórico que Croce compara con la que ocurrió en la Astronomía después de Copérnico, y que a través de las corrientes románticas dará origen al “historicismo”. En la polaridad de todos los grandes movimientos espirituales, ese nuevo tipo de Historia arranca —dice Croce— “del punto en que la ilustración llegó al último extremo e hizo visible a los ojos de todos, sus contrastes con la realidad y sus propias contradicciones”. El problema del “historicismo” es el descubrimiento de lo “universal concreto”. Según la hipótesis de Amado Alonso⁷, algo de la naciente actitud histórica aplicada al estudio de las lenguas debió llegarle al humanista caraqueño a través de sus pláticas con Alejandro de Humboldt, quien no podría sino glosar las teorías de su hermano Guillermo. Y anota Alonso:

⁷ “Introducción a los estudios gramaticales de Bello”, O. C. Caracas, Tomo IV, págs. IX-XCVI.

"Wilhem von Humboldt es el más poderoso, el más profundo y original teórico del lenguaje en la edad moderna, y uno de sus estudios capitales iba a ser el que se titula "Sobre las diferencias estructurales del lenguaje humano y su influjo en el desarrollo espiritual de la humanidad". Humboldt, con su genial descubrimiento de la forma interior del lenguaje (Innere Sprachform), es quien dio una repulsa científica definitiva a las gramáticas logicistas, mostrando que cada lengua impone al pensamiento sus leyes formales y estructurales privativas, sólo lejana y esquemáticamente conectadas con la lógica".

No es que el historicismo frente a los excesos del irracionalismo romántico niegue a la Historia una exigencia lógica —como lo hace notar Croce—, pero el nuevo sistema opone al racionalismo cartesiano concebido "more mathematico", otra lógica de lo particular inducido de lo concreto y único del hecho histórico. Una teoría abstracta sobre el tiranicidio no podría explicarnos lo patético, peculiar e irreversible que tuvo, por ejemplo, el asesinato de César. Esta rica zona de lo particular, "the variety of mankind" —como ya había dicho Hume—; la relación de las formas sociales con el escenario en que se desarrollan, es lo que caracterizará al Historicismo. Ya no se querrán escribir para Polonia las constituciones más sabias, con las luces de la Filosofía, pero sin consultar la índole de los polacos. En la polémica sobre la obra de Lastarria veremos después en Bello muchas opiniones que lo aproximan a los historicistas. Y resaltará curiosamente en aquel debate, cómo Bello, acusado a veces de conservador y anticuado, revela una posición mucho más moderna que la de sus jóvenes contradictores detenidos aún en los esquemas de la "Ilustración".

Los libros de Savigny de quien se hace partir una corriente romántica y nacional en la Historia del Derecho fueron cuidadosamente leídos por Bello, como aparece asimismo en el catálogo de su biblioteca, la traducción francesa con prólogo de Jules Michelet (1835) de las obras de Vico. Esta mención resulta particularmente significativa, no sólo porque subrayaremos en Bello más de una idea coin-

cidente con el genial autor de la *Scienza Nuova*. Sobre Vico observa Benedetto Croce:

"El hecho documentado y críticamente indudable, es que en el pensamiento de Vico se halla, del modo más claro, la consciente oposición a la 'Ilustración', estudiada por él, como podía y debía, en la forma originaria del derecho natural y del cartesianismo y de la historia polémica fundada en los ideales de la sociedad moderna europea y en ideas claras y distintas: y en él se ve la redención de todas aquellas partes que el racionalismo intelectualista aborrecía, juzgándolas irracionales y su elevación a formas peculiares de racionalidad distinta, opuestas y ligadas a las demás que se reconocían únicamente como tales (fantasía contra filosofía, fuerza contra derecho); y a la vez la justificación de las formas primitivas y bárbaras de la sociedad, como grados necesarios y positivos de la historia, y por lo tanto de la civilización específicamente así llamada. Resuena en él (sólo recuerdo algún rasgo y alguna palabra) la sentencia, historicista en grado sumo, de que la '*generis humani Respublica*' no es ya la república que desde el principio fue construida por Platón, sino la historia toda tal como se va desarrollando '*per varia utilitatum et necessitatum humanorum rudimenta, sive adeo per ipsarum sponte rerum oblatas occasiones*' " ⁸.

La teoría de Vico de que la Historia se desarrolla en una eterna rotación espiritual del sentimiento al intelecto, de la fuerza a la moralidad, puede compararse con los conceptos sobre la conciencia moral, según la cual el hombre avanza desde un mundo de pasión e interés absoluto— a otro de razón y desinterés.

Contra la ilusión "iluminista" de que la perfección lógica e intelectual de los sistemas puede hacer la felicidad de los pueblos, Bello opone muy frecuentes reparos, que si vienen un poco de Montesquieu también han recibido el impulso del romanticismo histórico. Leemos así en el espléndido capítulo "De las causas de error" de su *Filosofía del Entendimiento*:

"La política reduce las varias formas de gobierno a ciertas clases generales, a que atribuimos ciertas tendencias caracterís-

⁸ *La Historia como hazaña de la Libertad*, México, 1942, págs. 79-80.

ticas; y sin embargo de que todo gobierno es más o menos mixto, si no en su teoría legal, por lo menos en su modo de obrar y en sus efectos reales, discurrimos acerca de las ventajas y los inconvenientes de la monarquía, la aristocracia y la democracia, como si hubiese instituciones políticas que correspondiesen exactamente a nuestras definiciones. Hay más. Suponiendo una forma de gobierno perfectamente pura, sus efectos se modificarían en gran parte por la concurrencia de un sinnúmero de causas: los antecedentes del pueblo regido por ella, el clima, la religión, el estado industrial, la cultura intelectual y otras varias; cosas todas que obrando de consuno producen resultados complejos dificultosísimos de avaluar. De aquí la duración borrasca y efímera de algunas instituciones improvisadas, cuyos artículos son otras tantas deducciones demostrativas de principios abstractos, pero sólo calculadas para un pueblo en abstracto, o para un pueblo que careciese de determinaciones especiales que los contrarían o modifican; suposición moralmente imposible”⁹.

En estas “determinaciones especiales” que condicionan la vida de los pueblos, radica para Bello el secreto de lo histórico como lo observaremos en sus escritos polémicos. Quizás las pruebas políticas que Europa y América ven entre 1815 y 1840 en la agitada polaridad de Revolución y Restauración, Absolutismo y sistema representativo, Dictadura y régimen Constitucional, determinan el escepticismo de Bello ante los sistemas abstractos que pretenden configurar para siempre una realidad social. Es tendencia en que coincide con muchos historiadores europeos que se destacan después de 1820, como Guizot y Tocqueville. Fueter caracteriza de este modo la preocupación analítica de semejante Historiografía:

“Los problemas de la política formal (democracia o aristocracia, absolutismo o constitucionalismo) perdieron importancia. El funcionamiento seguro de la administración pareció más necesario que la satisfacción de deseos concernientes al derecho constitucional. Preocupaba más la esencia íntima de un régimen que su forma exterior”¹⁰.

⁹ *Filosofía del Entendimiento*, O. C. Caracas, Tomo III, pág. 527.

¹⁰ FUETER, *Historia de la Historiografía Moderna*, Tomo II, pág. 236.

A la idea de Apocalipsis histórica que había engendrado tanto en los jacobinos como en los absolutistas el conflicto entre Tradición y Revolución, el liberalismo burgués opondrá una especie de compromiso. Se quiere constitucionalizar la Revolución despojándola de sus materias inflamables, o liberalizar la Tradición. A pesar del cambio en las formas externas, el subsuelo de la Historia parece el mismo. Todo lo que pasó, tuvo la legitimidad de su existencia. No hay que analizarlo a la luz de una ideología o un esquema abstracto, sino en la trama y conexión de los propios hechos. Testimonios de este estado de espíritu fueron en la Historiografía francesa el libro sobre *L'Ancien régime* de Alexis de Tocqueville y su muy divulgada *Démocratie en Amérique*. Sabemos que el segundo de estos libros fué leído acuciosamente por Bello. Pero más que la influencia no demostrable, vale la pena observar cierta analogía en la cautela política de ambos pensadores. Contra la Historia-antítesis como la que Lastarria quería escribir en Chile: opresión y tiniebla colonial contra progresismo moderno, Bello como Tocqueville insiste en la continuidad histórica, a pesar de los cambios ideológicos y políticos. Repasemos en Fueter cual era la posición histórica de Tocqueville:

"El *Ancien Régime* tiene una importancia que sobrepasa su tema especial. Antes que él nadie había penetrado tan profundamente la esencia ni reconocido tan claramente bajo las formas exteriores cambiantes el núcleo permanente de la continuidad histórica. Románticos y liberales habían considerado la Revolución Francesa, casi sin excepción, como una ruptura completa con el pasado. Y de aquí que por este mismo ejemplo se demostraba la imposibilidad de sostener la teoría catastrófica. Tocqueville señaló que en muchos aspectos la revolución no hacía más que terminar o continuar un desarrollo que había comenzado mucho antes, y sancionar un estado de cosas que, bajo otro nombre, se había formado ya antes del año 89. Dio el primer libro verdaderamente filosófico sobre la historia política, enseñó a discernir bajo los fenómenos exteriores la esencia íntima de las cosas, a ver un encadenamiento allí donde la

mirada velada del pragmatista o del doctrinario político, creía encontrar oposiciones inconciliables”¹¹.

Con los románticos Bello ha de coincidir en la teoría del “color histórico”, aunque la moderación de su temperamento y la vieja prudencia clásica y empirista con que se defendió del patetismo y lirismo de la escuela, le hacen precaverse de la historia genial, populista y libertaria a lo Michelet. El gran artista de la *Historia de Francia* debió olerle demasiado a Revolución. Y no era tampoco el temple medio de su prosa didácticamente clara, de elegancia sencilla, la que podía acercarle a la visión totalizadora e intuitiva del mayor de los historiadores románticos. Ciceronianamente, don Andrés teme en exceso los tumultos de la plaza pública. Y queda para sus biógrafos la interpretación psico-analítica de por qué este hombre que había sentido en carne propia la desgarradura de las revoluciones; que víctima inocente de ellas, padeció en Londres tantos años de penuria y suma escasez, prefiere a los cambios radicales la tranquila marcha de los tiempos. Quizás fue esto mismo lo que más de una vez le hizo aplaudir y simpatizar con una filosofía de compromiso como la de Victor Cousin, quien según la ingeniosa frase de Harald Höffding hubiera querido preparar y firmar en París “un tratado de paz entre todos los sistemas”¹². Es comprensible que entre el Syla y Caribdis de la Revolución, un pensamiento como el de Cousin apareciese como el “justo medio” en la discordia de las ideologías. Y por ello también se explica que en Hispano-América el poco liberalismo salvado de las botas gauchas del tirano Rosas y de la guerra chilena de 1829-30 contra los pipiolos, viera como una tregua o esperanza en el sistema ecléctico francés. Al Bello hombre público y funcionario, medroso de todos los alborotos, debemos perdonarle la concesión a semejante Filosofía que muchas veces parece inferior a la suya propia. Pero en la fácil prosa oratoria de

¹¹ E. FUETER, *Ob. cit.*, págs. 237-238.

¹² HÖFFDING, *Ob. cit.*, pág. 326.

Cousin se divulgarán entre sus discípulos chilenos algunas ideas de los asociacionistas ingleses, que aquéllos no podían leer en el idioma original.

La futura polémica sobre la Historia en que Bello se verá envuelto, no ha de ser sino otro capítulo de la incansable labor de educador que deber cumplir en Chile.

IV. BELLO Y LA ESCUELA CHILENA

Tema y escenario para una muy peculiar Historiografía había sido ya la nación chilena. Aunque fue de las colonias pobres y más alejadas del Imperio español, verdadero "extremo del Mundo", que carecía del esplendor legendario de Perú y México, la inexplicable fiereza que opusieron sus aborígenes al conquistador y que trocó la guerra araucana en incesante combate de más de tres siglos, dio a la historia del país un acento de energía y espíritu épico distinto al de las más prósperas y amodorradas provincias coloniales. Chile —ya lo observó Menéndez y Pelayo— es la primera y casi única nación moderna cuyo nacimiento a la Historia fue saludado por una epopeya, tan significativa no sólo dentro de la Literatura sino también del mundo moral español, como *La Araucana*. Y en pocos libros como ése se cifran los arquetipos de la hombría y el honor hispánicos, en el momento de su apogeo. Peculiaridad de la epopeya de Ercilla es que los indios se convierten en paradigma del heroísmo y la dignidad, y el poeta traslada los más depurados conceptos éticos de la sociedad española, a aquellas almas tenaces. *La Araucana* da a Chile un mito nacional, una aguerrida conciencia de estirpe, antes que sentimientos parecidos broten en otras comarcas americanas. Por otra parte, la misma lejanía en que vivía la población criolla de aquel país, separado del mundo por los desiertos del norte y los mares solitarios y helados del extremo sur, acendra en sus valles agrarios, al pie de la cordillera, un espíritu territorial, austero y vigilante. Después, hubo de decirse que

fueron los patricios de apellidos vascos que forman su oligarquía social, los que impregnaron a la vida chilena de semejante sobriedad y entereza. Durante la colonia, Chile no conoció como su vecino Perú la pompa, la exuberancia y las fiestas de la época barroca. Si en los Virreinos se escribía una Literatura cortesana, retórica y ornamental, el tema activo de la guerra y la defensa de la población criolla contra los asaltos de los indios; la epopeya de una móvil frontera que se va corriendo y poblando a medida que se gana tierra a los indígenas, es asunto permanente de la Historiografía chilena desde las admirables cartas de Pedro de Valdivia al Emperador Carlos V, hasta las crónicas de Diego de Rosales y Miguel de Olivares, pasando por libros de tanto encanto literario como la *Histórica relación del Reino de Chile* del padre Ovalle y el *Cautiverio Feliz* de Pineda y Bascuñan. Tenía, pues, el hombre chileno mayor ocasión de reflexionar sobre su pasado y hazañas colectivas, que el de otros países indianos. Un historiador como Miguel Luis Amunátegui en sus *Precursores de la Independencia de Chile* y en *La crónica de 1810* insiste en la fuerza emocional que asume la idealización de la epopeya indígena, en los días de la Independencia. De la propia austeridad de su vida en contraste con el lujo minero de otras colonias americanas, hace Chile un valor ético cuando las ideas de Rousseau exaltan a un Juan Egaña o un José Miguel Infante en la Utopía de fundar por medio de constituciones y leyes, una sociedad virtuosa. Y la fresca proximidad y vivencia de estos mitos habrá de explicarnos la futura abundancia de la Historiografía chilena.

En el discurso de inauguración de la Universidad de Chile en 1843 Bello fijó la meta y sentido de los estudios históricos en el país. Si en un campo de las Humanidades podían los alumnos dar un aporte inédito a la Cultura, era precisamente en la Historia. Decía el gran humanista:

"La opinión de aquellos que creen que debemos recibir los resultados sintéticos de la ilustración europea, dispensándonos

del examen de sus títulos, dispensándonos del proceder analítico, único medio de adquirir verdaderos conocimientos, no encontrará muchos sufragios en la Universidad”.

Y agregaba en otro párrafo:

“Sustituir a los estudios históricos deducciones y fórmulas sería presentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social; sería darle una colección de aforismos en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco, de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones de los grandes pueblos y de los grandes hombres; sería quitar al moralista y al político las convicciones profundas que sólo pueden nacer del conocimiento de los hechos; sería quitar a la experiencia del género humano el saludable poderío de sus avisos, en la edad, cabalmente, que es más susceptible de impresiones durables; sería quitar al poeta una inagotable mina de imágenes y de colores”.

Partiendo de ese doble valor ético y estético que asigna a la Historia, incluyó en los Estatutos de la Universidad un artículo en que se disponía que cada año “uno de sus miembros académicos debía leer en sesión solemne un discurso o memoria sobre la Historia patria”. Y muchas de las tesis sobre método histórico que sostendrá en coloquio o discusión con sus discípulos ya aparecen en un artículo de *El Araucano* (6 de setiembre de 1844) al juzgar al profuso libro —más de compilación que de síntesis— que el Gobierno había encargado al erudito Claudio Gay. Criticábasele a la obra que carecía de fundamentación filosófica y se perdía en tupida fronda de datos, y Bello se convierte en oficioso abogado del “pormenor” histórico. Escribió en *El Araucano*:

“En cuanto a la falta de ciertas miras filosóficas elevadas que algunos imputan como defecto a la presente obra, estamos por decir que para nosotros es más bien un mérito. El prurito de filosofar es una cosa que va perjudicando mucho a la severidad de la Historia; porque en ciertas materias el que dice filosofía, dice sistema; y el que profesa un sistema lo ve todo al través de un vidrio pintado, que da un falso tinte a los objetos. ¿Para qué añadir a tantos peligros como corre la verdad en manos del historiador por las afecciones de que le es im-

sible despojarse, una nueva causa de ilusión y de error? ¿Se refieren con fiel puntualidad los sucesos, se nos dan a conocer las personas, se nos hacen ver las ideas, los intereses, las pasiones, las preocupaciones de la época? Estamos satisfechos. Haya en buena hora historias filosóficas "ex profeso", o filosofías de la historia, que revisen y compulsen los testimonios precedentes, y los presentes bajo la forma de un drama romántico, o de una nueva teoría política, religiosa, humanística o fatalista. Don Claudio Gay no se ha propuesto ese objeto".

Como buen psicólogo de la escuela asociacionista se precavía en el estudio de la Historia de los peligros de la ilusión y el error, tema —que como ya sabemos— inspiró un admirable capítulo de su *Filosofía del Entendimiento*. Contra la simplificación tosca de sus ideas que harán después algunos contradictores y adversarios, no se trata de oponer siempre a la Historia filosófica una rastrera historia fáctica, pero advierte de nuevo al estudioso sobre las "causas de error":

"Las causas de error son generales o particulares. Las primeras constituyen defectos o vicios inherentes a las facultades intelectuales o a los instrumentos de que ellas se sirven; las otras se limitan a la materia de que se trata.

"Las generales se pueden reducir a estos siete capítulos: predisposiciones y estados orgánicos; predisposiciones o estados morales; hábitos intelectuales; deslices de la memoria; precisión de la imaginación; abuso de las ideas-signos; imperfección del lenguaje, de que proviene que una misma palabra sea tomada en sentidos varios por diferentes individuos, y no pocas veces por uno mismo en diferentes ocasiones".

.....
"Las causas especiales de error llamadas 'sofismas', se pueden reducir a dos órdenes: las unas adulteran los fundamentos del juicio; las otras vician el proceder deductivo"¹³.

Particularmente en los conocimientos históricos y morales los errores pueden ser gravísimos, por razones como las siguientes:

"Una memoria infiel introducirá falsos datos y omitirá los verdaderos. Una imaginación ardiente se figurará lo que no es

¹³ *Filosofía del Entendimiento*, O. C. Caracas, Tomo II, págs. 522-533.

y desnaturalizará los hechos. Seremos excesivamente sensibles a ciertas cualidades de los objetos, y pasaremos por alto las otras. En suma, adoptaremos muchas veces premisas inexactas, de que deduciremos lógicamente consecuencias erróneas”.

.....
“Las predisposiciones y estados morales obran de la misma manera. Por una parte, llamando la atención con más fuerza a ciertos objetos, a ciertas cualidades y relaciones, y dándoles así una preeminencia indebida; o por otra parte vician el proceder deductivo, haciendo que el entendimiento se adhiera a sofismas, o exagere el valor de las consecuencias legítimas. Así los que están en posesión de los altos destinos públicos, representan regularmente las cosas bajo una luz favorable; mientras que sus menos felices rivales las pintan con otros colores; y aunque mucha parte de esa discrepancia deba atribuirse a la falta de sinceridad de unos y otros, otra parte no pequeña proviene de otras afecciones morales y de los diferentes matices con que la fortuna próspera o adversa presenta a los espectadores unos mismos objetos”¹⁴.

Como en todos los países hispanoamericanos, la Historia que exaltaba más los ánimos en esa cuarta década del siglo XIX era la de los recientes sucesos de las guerras de Independencia, toma de razón y prueba magnífica del espíritu criollo en su lucha contra el coloniaje. A semejante asunto habrán de dedicarse en Chile entre 1844 y 1850 las memorias de los egresados de la Universidad como Lastarria (*Investigación sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*, 1844) y Bosquejo histórico de la constitución del gobierno de Chile durante el primer período de la revolución (1847); Diego José Benavente (*Las primeras campañas de la Independencia*, 1845), Antonio García Reyes (*La primera escuadra nacional*, 1846), Manuel Antonio Tocornal (*Primer gobierno nacional*, 1847), Salvador Sanfuentes (*Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo*, 1849). Era acaso el propósito de Bello, de acuerdo con su prudente empirismo, que semejante conjunto de estudios monográficos, agotando los detalles y fuentes documentales, suministraran los fun-

¹⁴ O. C. Caracas, III, Ob. cit., págs. 524-25.

damentos de una futura Historia chilena. El estudio del "pasado inmediato" —como diría Alfonso Reyes— serviría de antecedente aun para la reforma de instituciones jurídicas y sociales, en cuya modernización se empeñaba Chile. Bajo la férula benévola del maestro, aun poetas románticos que tenían muy poca vocación de historiadores como Salvador Sanfuentes, debían ocuparse en prolijos estudios históricos. Así como Molina y Gay definieron las peculiaridades de la "historia natural" del país, Bello aspiraba a que sus discípulos explicasen la originalidad de la sociedad civil. La Historia se haría con la misma prudencia cautelosa y comedida objetividad con que se estaban redactando los códigos.

Pero la primera memoria —la de Lastarria en 1844— depara al maestro una agresiva sorpresa. El Liberalismo abstracto de Lastarria que aunque nacido treinta y seis años después que Bello, en muchas de sus ideas filosóficas parecía más jacobino y anticuado, iba a mezclar en aquel trabajo los esquemas históricos de la Ilustración y la rectilínea teoría del progreso, con la declamatoria fraseología romántica. En su *Investigación sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*, Lastarria insistía en muchos lugares comunes de la leyenda negra bebidas en las dieciochescas obras de Raynal y de Robertson. Todo cuanto se refería al régimen hispano le parecía execrable. No estaba en el ánimo de Bello romper lanzas con Lastarria quien era su amigo, y desde *El Semanario de Santiago* había insurgido casi como cabecilla político y literario de la beligerante generación de 1842. La juventud parecía entonces cansada del demasiado orden en que la había sumido el gobierno pelucón, desde hacía más de un decenio. Y en la protesta y rebelión contra los valores dominantes, y a pesar del unánime respeto que inspiraba su cultura intelectual, no quedaba del todo inmune la ilustre figura de don Andrés Bello. Así lo dan a entender Isidoro Errázuriz en el excelente prólogo de su libro *Historia de la administración Errázuriz*, y Lastarria en sus *Recuerdos Literarios*.

Aunque la *Memoria* de Lastarria por su escaso valor documental y vagas generalizaciones no era la que Bello esperaba, escribe sobre la obra un artículo muy cortés en *El Araucano*. Observamos que no quería querellarse con los jóvenes, y en la lucha ideológica entre conservadores y liberales que de nuevo iba a plantearse, prefiere un papel conciliador. Pero a pesar de las frases suaves, el artículo pone de resalto los escrúpulos y distinguos que le merece el método adoptado por Lastarria.

Un primer reparo es el de la objetividad que pueda conseguirse al juzgar una historia tan reciente y teñida de pasión política, cuando se sustituye la narración documentada de los hechos por grandes conceptos abstractos:

"Es difícil sin duda que los hechos y los personajes de la revolución sean juzgados con imparcialidad por la generación presente; y más diremos, es casi imposible que aun presentados con imparcialidad y verdad, no susciten reclamaciones, no toquen la alarma a pasiones adormecidas, que sería de desear se extinguiesen".

En busca de una historia filosófica, Lastarria olvida el interés revelador del detalle histórico:

"...hay mil objetos parciales, pequeños, si se quiere, comparados con el tema grandioso de la memoria de 1844, pero no por eso indignos de fijar la atención; antes por eso mismo susceptibles de aquellos tintes vivos de aquella delineación individual, que resucitan para el entendimiento lo pasado, al mismo tiempo que suministran a la imaginación un placer delicioso. Lo que se pierde en la extensión de la perspectiva, se gana en la claridad y viveza de los pormenores".

Lastarria desdenna otras cosas que también son Historia:

"Las costumbres domésticas de una época dada, la fundación de un pueblo, las vicisitudes, los desastres de otro, la historia de nuestra agricultura, de nuestro comercio, de nuestras minas, la justa apreciación de esta o aquella parte de nuestro sistema colonial, pudieran dar asunto a muchas e interesantes indagaciones".

.....
"Ni es sólo útil la historia por las grandes y comprensivas lec-

ciones de sus resultados sintéticos. Las especialidades, las épocas, los lugares, los individuos tienen atractivos peculiares y encierran también provechosas lecciones. Si el que resume la vida entera de un pueblo es como el astrónomo que traza las leyes seculares a que se sujetan en su movimiento las grandes masas, el que nos da la vida de una ciudad, de un hombre, es como el fisiologista o el físico que, en un cuerpo dado, nos hace ver el mecanismo de las agencias materiales que determinan sus formas y movimientos, y le estampan la fisonomía, las actitudes que lo distinguen”.

Quizás Bello ha sonreído del providencialismo y progresismo de tipo laico que se observa en todo el trabajo, y del muy optimista lema de que el cambio de leyes e instituciones hará obligadamente la felicidad de los pueblos, y recuerda los instintos de violencia y de fuerza que todavía condicionan la conducta de las naciones:

“Si comparamos las ideas prácticas de justicia internacional de los tiempos modernos con las de la Edad Media y las de los pueblos antiguos, hallaremos mucha semejanza en el fondo, bajo diferencias no muy grandes en los medios y las formas:

“..... Así en las grandes masas de hombres que llamamos naciones, el estado de fuerza brutal no ha cesado. Tribútase un homenaje aparente a la justicia, recurriendo a los lugares comunes de seguridad, dignidad, protección de intereses nacionales, y otros igualmente vagos; premisas de que, con mediana destreza, se pueden sacar todas las consecuencias imaginables. Los horrores de la guerra se han mitigado en parte; pero no porque se respeta más la humanidad, sino porque se calculan mejor los intereses materiales, y por una consecuencia de la perfección misma a que se ha llevado el arte de destruir”.

Modera los agravios que Lastarria hace a las leyes y las armas españolas en Chile, recordándole el parecido furor que desplegaron otros países conquistadores. Y una hermosa interpretación de la empresa hispana en América, se contiene en la segunda parte del artículo. Quizás lo paradójico del Imperio ultramarino de España fue que la metrópoli se empobreció y debilitó a medida que esparcía sus gentes y naves por tan lejanas tierras. Surge una comparación con el poder imperial de Roma. Y anota don Andrés:

"El despotismo de los emperadores de Roma fue el tipo del gobierno español en América. La misma benignidad ineficaz de la autoridad suprema, la misma arbitrariedad pretorial, la misma divinización de los derechos del trono, la misma indiferencia a la industria, la misma ignorancia de los grandes principios que vivifican y fecundan las asociaciones humanas, la misma organización judicial, los mismos privilegios fiscales; pero a vuelta de estas semejanzas odiosas, hay otras de diverso carácter. La misión civilizadora que camina, como el sol de oriente a occidente, y de que Roma fue el agente más poderoso en el mundo antiguo, la España la ejerció sobre un mundo occidental más distante y más vasto. Sin duda los elementos de esta civilización fueron destinados a amalgamarse con otros que la mejorasen, como la civilización romana fue modificada y mejorada en Europa por influencias extrañas. Tal vez nos engañemos, pero ciertamente nos parece que ninguna de las naciones que brotaron de las ruinas del Imperio, conservó una estampa más pronunciada del genio romano: la lengua misma de España es la que mejor conserva el carácter de la que hablaron los dominadores del orbe. Hasta en las cosas materiales, presenta algo de imperial y romano la administración colonial de España. Al gobierno español, debe todavía la América todo lo que tiene de grande y espléndido en sus edificios públicos".

Que España no envileció de la manera que Lastarria afirma a los pueblos americanos, puede probarse aún por la tenacidad y heroísmo que desarrollaron las naciones americanas en su lucha con la metrópoli:

"Sentimos también mucha repugnancia para convenir en que el pueblo de Chile (y lo mismo decimos de los otros pueblos hispano-americanos), se hallase tan profundamente envilecido, reducido a una tan completa anonadación, tan destituido de toda virtud social, como supone el señor Lastarria. La revolución hispano-americana contradice sus asertos. Jamás un pueblo profundamente envilecido, completamente anonadado, desnudo de todo sentimiento virtuoso, ha sido capaz de ejecutar los grandes hechos que ilustraron las campañas de los patriotas, los actos heroicos de abnegación, los sacrificios de todo género con que Chile y otras naciones americanas conquistaron su emancipación política. Y el que observe con ojos filosóficos la historia de nuestra lucha con la metrópoli reconocerá sin dificultad que lo que nos ha hecho prevalecer en ella es cabalmente el elemento ibérico. La nativa constancia española se ha estrellado contra sí misma en la ingénita cons-

tancia de los hijos de España. El instinto de patria reveló su existencia a los pechos americanos, y reprodujo los prodigios de Numancia y Zaragoza. Los capitanes y las legiones veteranas de la Iberia trasatlántica fueron vencidos y humillados por los caudillos y los ejércitos improvisados de otra Iberia joven, que, abjurando el nombre, conservaba el aliento indomable de la antigua en la defensa de sus hogares”.

Pero el cortés e inalterable comedimiento que Bello luce en este comienzo de polémica, se tornará más combativo en el debate con el profesor Jacinto Chacón sobre el “modo de estudiar y de escribir la Historia”.

V. LA POLÉMICA CON CHACÓN

De modo amplio ha sido reseñada esta polémica por historiadores como Amunátegui Solar, Fuenzalida Grandón y recientemente en el libro de la señora Olga López T.¹⁵, para recontarla a los lectores. Bastará con señalar los puntos más significativos. Como si desafiara la primera admonición de Bello acerca de la precedencia del método documental sobre el método interpretativo, Lastarria presentó a la Facultad de Filosofía en 1847 una nueva memoria titulada *Bosquejo histórico de la constitución del gobierno de Chile durante el primer período de la revolución desde 1810 hasta 1814*. El informe de la comisión universitaria que la aprobó no dejaba de advertir la circunstancia de que la obra no “suministraba todos los antecedentes para formar un juicio”. Y volviendo por el consejo de Bello, recomendaba que se “emprendan trabajos destinados principalmente a poner en claro los hechos; la teoría que ilustra esos hechos vendrá en seguida, andando con paso firme en un terreno conocido”. El elogioso prólogo que escribe Jacinto Chacón para el trabajo de Lastarria, al recogerse en volumen, intenta romper lanzas contra la Facultad de Humanidades, que era tanto como disentir de los conceptos históricos de Bello. Cha-

¹⁵ Una polémica sobre los métodos históricos, Santiago de Chile, 1945.

cón defiende a Lastarria de "no quedar inferior a sí mismo, reduciéndose como hubiera querido la Comisión informante, a poner en claro los hechos, a ser un mero cronista". Insiste en que el propósito de Lastarria es fijar más bien "los principios o las teorías, y después sus consecuencias o los hechos, contra el parecer de la Comisión". Al modo de Lastarria, la Historia será rigurosa deducción que de la proposición general desprende los hechos.

Cuatro fundamentales trabajos de Bello suscitan los comentarios de Chacón. Son, primero, la reseña del *Bosquejo* publicada en el número 909 de *El Araucano* y los excelentes ensayos "Modo de escribir la Historia" y "Modo de estudiar la Historia" insertos en el mismo periódico los días 28 de enero y 4 de febrero de 1848 que ofrecen todo un resumen de su doctrina histórica; y por último el ensayo titulado "Constituciones", de fecha 11 de febrero del mismo año.

Contra el ingenuo racionalismo de Chacón que oponía la historia ideológica a la narrativa, Bello aporta al debate una serie de testimonios de Thierry y de Barante, para vindicar el interés fáctico de cada Historia, y el sentido de individualización que no consiente reducir lo humano a esquemas lógicos pre-concebidos, como los que Lastarria pretendía aplicar al proceso chileno. Con gracia erudita, se entretiene don Andrés en rastrear en los escritos difusos de Chacón algunos pintorescos disparates que se deslizaron. El entusiasta prologuista maneja tan mal el mundo de la Cronología que al citar siglos y personajes enreda las épocas. Hizo presidir, por ejemplo, con el nombre de Froissart una lista de cronistas medievales franceses y situó al ameno narrador en el remoto siglo XII. Con ironía de viejo maestro y sin regañarle casi, Bello le persigue los gazapos.

Sería tediosa, un poco pueril, esta polémica en que el contrincante de don Andrés resulta demasiado diminuto y merece recibir lecciones de Escuela Secundaria, si en los siguientes artículos de Bello no se fijara —mejor en que

cualesquiera otros— todo su sistema historiográfico. Aquella Filosofía de la Historia que el entusiasta Chacón escribe e invoca con mayúscula, y que según él reemplazará en una nueva teoría de la Humanidad los estudios documentados y particulares sobre los diversos pueblos, es para Bello “una ciencia fluctuante que apenas da los primeros pasos en su carrera”. Oponiendo lo que llamaríamos un argumento historicista al ideologismo cándido de Chacón, afirma que “la fe de un siglo es el anatema del siguiente; que los especuladores del siglo XIX han desmentido a los del siglo XVIII, y que las ideas del más elevado de todos éstos, Montesquieu, no se aceptan ya sino con muchas restricciones”. En una palabra don Andrés piensa —como los mejores historicistas— que cada generación mira obligadamente la Historia desde su peculiar ángulo, y busca en ella analogías o antecedentes para explicar una situación contemporánea.

Conceptos inherentes a todo pensar histórico como el de “Ciencia”, “Progreso”, “Técnica”, “Cultura”, “Vida Espiritual” no fueron suficientemente separados y analizados en los declamatorios escritos de Chacón quien dice que los “conocimientos científicos” son de uso universal y solidario; y como Chile tiene que apropiarse de todas las invenciones europeas como los ferrocarriles, igualmente con los trabajos filosóficos de Europa para lograrse la más racional explicación de la historia chilena. Don Andrés, naturalmente, quiere poner un poco de orden en esta mezcolanza de conceptos. Advierte muy sagazmente al prologuista:

“Una máquina puede trasladarse de Europa a Chile y producir en Chile los mismos efectos que en Europa. Pero la filosofía de la Historia de Francia, por ejemplo, la explicación de las manifestaciones individuales del pueblo francés en las varias épocas de su historia, carece de sentido aplicada a las individualidades sucesivas de la existencia del pueblo chileno. Para lo único que puede servirnos es para dar una dirección acertada a nuestros trabajos, cuando, a vista de los hechos chilenos, en todas sus circunstancias y pormenores, queramos desentrañar su íntimo espíritu, las varias ideas y las sucesivas metamorfosis de cada idea, en las diferentes épocas de la his-

toria chilena. Si así no fuese, el señor Lastarria, que, según el prólogo ha querido darnos la filosofía de nuestra historia, se habría tomado un trabajo superfluo".

Bello establece de este modo el deslinde entre el dominio común de la técnica y el progreso material, y la unicidad y peculiaridad de los hechos espirituales. Toda una teoría de la Cultura, antes de que se superase el positivismo, y se definiesen las verdaderas fronteras entre "ciencia natural" y "ciencia cultural", se desprende de este trabajo.

Como Lastarria se había adelantado a iniciar una Historia de la república chilena basada tan sólo en su proceso constitucional, y Chacón alababa el método juzgando que una "Constitución emana del corazón de la sociedad", en el sagacísimo ensayo titulado "Constituciones", Bello esclarece de modo maestro el frecuente contraste que se observa entre realidad social y ley escrita, en los países hispanoamericanos. Contra esa idealización legislativa según la cual las leyes moldean obligadamente los hechos, observa que con frecuencia la "constitución escrita no representa otra cosa que las ideas, las pasiones, los intereses de un cierto número de hombres que han emprendido organizar el poder público según sus propias inspiraciones". Explica que en la juvenil y formativa turbulencia de nuestros países "una Constitución se saluda hoy con aclamaciones y juramentos para escupirse mañana". ¡Y ay, pues, del historiador, que no viese en el desenvolvimiento de un pueblo sino la letra petrificada de las leyes, sin atender a las mudanzas, partidos, circunstancias y facciones que a veces se enmascaraban en la letra jurídica! Con esquemas intelectuales y análisis frío de instituciones no se penetra en el misterio de la historia de un país, es su moraleja. Considera que las leyes son apenas partes de un complejo histórico que no puede leerse literalmente sin interpretar y entender la totalidad. Y si le parece un desiderátum histórico la "consonancia de las instituciones políticas con las costumbres y el carácter nacional", este "amoldamiento" es "obra del tiempo y no pocas veces se

verifica insensiblemente sin que el texto constitucional se altere". Habrá entonces —agrega— "eadem magistratuum vocabula, según la expresión de Tácito; pero la constitución no será ya lo que era". Rectificando de nuevo a Chacón, dice que el historiador "no habrá ceñido sus ideas a la constitución escrita, sino al fondo de la sociedad, a las costumbres, a los sentimientos que en ella dominan, que ejercen una acción irresistible sobre los hombres y las cosas, y con respecto a las cuales el texto constitucional puede no ser más que una hoja ligera que nada a flor de agua sobre el torrente revolucionario, y al fin se hunde con él".

Como lo da a entender Lastarria, muchos años más tarde, en sus *Recuerdos Literarios*, había en el fondo del debate un interés político ya que la facción liberal naciente y un tanto reprimida bajo los gobiernos de Prieto y Bulnes, quería trocar la Historia en arma dialéctica de crítica y denuncia contra la clase conservadora. La idea de "continuidad" propiciada por el ponderado don Andrés, chocaba contra el pensamiento de la nueva generación que estaba soñando en un cambio radical, casi revolucionario, de las condiciones políticas. Este movimiento de juventud que despuntó en la generación literaria de 1842 y se tornó más agresivo con el contagio de la revolución del 48, reclamaba el derecho de fundamentar una teoría política que desacreditara o invalidara el monopolio de los "pelucones" chilenos aun en el dominio de la cultura. Más que noticias, interesaba a Lastarria que el pueblo tuviera doctrinas y creencias. El Liberalismo político, idea de la época, debía sustituir al dogmatismo religioso colonial. En el "progresismo", un tanto ingenuo, del autor del *Bosquejo* que coincidía en gran parte con el de los emigrados argentinos residentes entonces en Chile, como Sarmiento, el atraso de las sociedades criollas se explicaba por la herencia colonial española; por el predominio de la Iglesia y el tremendo peso de una tradición estática. Modifiquemos las instituciones; inspirémonos en los países más adelantados del mundo, principalmente en

los anglosajones que imponían entonces la norma de todo progreso material y libertad política, y habremos transformado la estructura tradicional. Las costumbres y leyes importadas obrarán de panacea revulsiva, y la aristocrática y oligárquica América Latina donde el poder político es patrimonio de una clase, se tornará tan dinámica como en los Estados Unidos, espejo idealizado de democracia, según la visión de Sarmiento. Entendida, así, la Historia chilena o hispanoamericana debía explicarse como solución de continuidad; como vehemente antítesis en que las guerras de Independencia cerraron una época, y nuestras naciones, negando el pasado, empezaron a vivir con diferente estilo. No podía interesarle a Lastarria una pormenorizada Historia documental —como la propiciada por Bello— por la sencilla razón de que no era historiador; y apenas acudía a los hechos históricos para formular sus agravios a la clase dominante que acaparaba el poder político. ¿No eran los “pelucones” los nietos o herederos de las grandes familias de la época colonial, y después del esfuerzo populista de las guerras de Independencia no ocurrió en Chile —como en casi toda Hispano-América— un proceso de “restauración” semejante al experimentado por Europa después de la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas? También aquí —según el pensamiento de estos hombres— había que librar final batalla contra el antiguo régimen y preparar la nueva edad de oro del Liberalismo. Y aunque don Andrés Bello distaba mucho de ser un escritor conservador, por haber servido como alto consejero y funcionario en los gobiernos pelucos de Prieto y de Bulnes, se le podría atribuir semejante naturaleza y atacar el alto magisterio intelectual que ejercía en la sociedad chilena, como si fuese un privilegio aristocrático. Frente al apasionado ideologismo de sus detractores, crédulos en el valor mágico de las leyes escritas y en la suma bondad transformadora de determinada ideología, Bello había escrito desde 1835 estas palabras casi escépticas:

"Hace mucho tiempo que miramos con completo pirronismo, las especulaciones teóricas de los políticos constitucionales; juzgamos del mérito de una constitución por los bienes efectivos y prácticos de que goza el pueblo bajo su tutela, y no creemos que la forma monárquica considerada en sí misma, y haciendo abstracción de las circunstancias locales, es incompatible con la existencia de garantías sociales que protejan a los individuos contra los atentados del poder".

Si por esas palabras un político apasionado y de tanta influencia en Chile como don José Miguel Infante, inició en su periódico *El Valdiviano Federal* toda una campaña contra Bello llamándole "monárquico" (aunque el propio don Andrés aludiendo a la situación de México bajo Iturbide y bajo el gobierno cesarista de Santa Anna habló de lo efímero, impopular e inestable que parece todo intento de monarquía en nuestra América), ¿a qué asombrarse de que en la polémica de 1848 otros le llamen conservador? Como lo explica Miguel Luis Amunátegui todo ello formaba parte de la malquerencia e intrigas que Bello debió soportar como otra cara del respeto y admiración que le tributaban la mayoría de las gentes. ¿Para los envidiosos o precipitados, no se prolongaba en exceso su dominio en la Universidad y en todos los núcleos de la cultura chilena? ¿No había dado a entender Sarmiento que la erudición y parsimonia de Bello constituían una rémora para aquel impetuoso cambio en las letras, el lenguaje y la sensibilidad social que estimulaba el romanticismo? Era uno de esos momentos en que todo pasado se invalida, y toda verdad quiere atribuirse a la nueva generación.

VI. BALANCE FINAL

En la polémica sobre la Historiografía, el triunfo final fue de Bello. La manera pormenorizada y analítica con que se desarrollaron los estudios históricos chilenos hasta las obras monumentales de Barros Arana y Crescente Errázuriz, proceden de la pedagogía bellista. La obra gigante de un Barros Arana, peregrino frío pero minucioso y severo por

todos los rincones del pasado de Chile, demostraría a un Lasterria que la ideología liberal y el conocimiento fáctico del pasado no estaban reñidos, y que no era preciso para ello estudiar la historia de su país con tan deliberadas negaciones y soluciones de continuidad. Aun exprimiendo masas de documentos para extraerles noticias casi abrumadoras, Barros Arana realiza una Historia que tiene su meta progresiva en el liberalismo del siglo XIX, sin propalarlo tanto, como el fervoroso sociólogo del *Bosquejo histórico*. Y aunque Bello no fue historiador de profesión, creó con su entusiasmo y clarividencia de gran humanista, una escuela histórica que parecía anticiparse en el rigor documental, crítica de las fuentes y cotejo exhaustivo de documentos, a cuanto se hacía en Hispano-América hace cien años.

Seguramente las múltiples disciplinas y oficios en que se diversificó su vida y la continua tarea didáctica de su edad madura, frustraron en Bello su vocación de historiador o la redujeron a límites más modestos que los que se trazó el lingüista, el filósofo, el crítico literario. Los trabajos juveniles de Caracas y Londres aunciaban una promisoria capacidad histórica. La Historia Literaria tan estrechamente estudiada en el mundo hispánico de su tiempo y la explicación directa y penetrante de los textos, tienen en él un glorioso adelantado. Ningún escritor hispanoamericano hasta su época había ofrecido más ordenada erudición y más esclarecido juicio. ¿Y no es la Historia, en gran parte, el proceso crítico con que se aprende a leer el pasado? Los escritos de juventud de Bello —como la crítica que hace a la recopilación de Navarrete— expresaban una nueva filosofía histórica opuesta a la opinión candorosa con que el erudito español juzgaba la independencia americana, y reivindicaban ya la corriente —tan moderna— de buscar en los textos primitivos no sólo un almacigo de noticias, sino la sensibilidad propia de cada época y de cada testigo. No basta zurcir en orden cronológico una crónica con otra, para comprender

el suceder histórico, ya que cada documento importante engendra su propia problemática y su peculiar interpretación.

A la Historia neoclásica y racionalista le hubiera bastado el discurso sobre los sucesos y las conclusiones lógicas que se quisieran ver en ellos; para Bello toda noticia expresa, además, un testimonio psicológico, lingüístico, y quizás estético, de definido valor. Historicistamente para él (y esto lo diferenciaba de Lastarria) el conocimiento del pasado no estriba en someter a un esquema racional de deliberadas premisas lo que aconteció antes de nosotros, sino apartarse de todo pre-concepto y penetrar los hechos en su prístina peculiaridad. Todos sabemos, por ejemplo, qué cosa es el tabaco, dónde se produce y para qué sirve, lo que no nos excusa de gustar —a través de los relatos de Las Casas y de Fernández de Oviedo— la impresión que produjeron esos “sahumerios” a los españoles que los vieron por primera vez en las Antillas. Un dato lingüístico, la primera descripción de un objeto, expresa de este modo una “vivencia” de determinado momento de la Historia Universal. El encanto de leer un escritor clásico o un escritor incorrecto pero tan vital como Díaz del Castillo, no se cifra —como lo creía la Preceptiva a lo Hermosilla— en que busquemos en ellos un modelo sempiterno o un riguroso canon estratificado, sino la ocasión de revivir en su compañía una hora casi irretornable de la sensibilidad o la conciencia humana.

De cómo Bello sentía la Historia en contraste del seco sistema de deducciones que hubiera querido imponerle Lastarria, dio también muchos ejemplos en sus páginas de crítica literaria y filosófica. Su teoría de la apreciación de los hechos en el más orgánico de sus libros que es la *Filosofía del Entendimiento*, se aproxima bastante a la de ese filósofo doblado de historiador que se llamó David Hume. La demasiada cautela interpretativa que le censuran a Bello, Lastarria y Chacón, no se debía tan sólo al culto fetichista del documento por el documento, sino a la previa necesidad que tiene el historiador de prevenirse de “los perniciosos efectos

de la superstición y el entusiasmo” y confrontar su criterio con el de otros. ¿Por qué interponer siempre entre el suceso lejano y el espectador contemporáneo el juicio o la conclusión ya hecha, y no permitir la aventura de conocerla directamente en su más remota noticia?

Si se frustró o redujo un poco entre las tantas tareas de su vida la vocación que tenía Bello para la Historia profesional, ella puede rastrearse en todo su oficio humanista. Vigía impar de la Cultura hispanoamericana, marcó, también, en la Historia, la impronta de su genio despierto, curioso y documentado, dispuesto siempre a revisar sus conocimientos y para quien ningún aspecto de la cultura humana pudo parecer indiferente. Con otro estilo y otra problemática que la de su tiempo, el repertorio intelectual de Bello ofrece todavía innumerables estímulos y direcciones. Es fuente y testimonio de primera categoría que vale la pena repensar. Unió como ningún otro letrado la vieja tradición colonial española con todos los nuevos impulsos que desde la Revolución y el Romanticismo empezaron a configurar el alma moderna. Abrió al trato intelectual de otras naciones y otras culturas el entonces cerrado mundo hispanoamericano con la misma decisión que los héroes de la Independencia lo abrían al trato político. Su seria erudición, su sosiego, su don de análisis, su ponderado y frío juicio, sabían canalizar el frenesí. Toda su obra parece así un compromiso necesario entre la tradición y la modernidad.

Caracas: abril de 1956.

MARIANO PICON - SALAS
Profesor de la Universidad Central de Venezuela

XVI

MODO DE ESCRIBIR LA HISTORIA *

* Apareció este artículo en *El Araucano*, n.º 912, Santiago, 28 de enero de 1848. Lo recogió Bello en sus *Opúsculos literarios y críticos*, publicados en diversos periódicos desde 1834 hasta 1849, Santiago, 1850, pp. 144-153. Se insertó en O. C. VII, pp. 107-117. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

“No hay peor guía en la historia que aquella filosofía sistemática, que no ve las cosas como son, sino como concuerdan con su sistema. En cuanto a los de esta escuela, exclamaré con Juan Jacobo Rousseau: ¡Hechos! ¡Hechos!” — Carlos du Rozoir.

“Los historiadores formados por el siglo XVIII se dejaron preocupar demasiado por la filosofía de su tiempo... Trataron los hechos con el desdén del derecho y de la razón; cosa muy buena seguramente para operar una revolución en los espíritus y en el estado, pero que lo es mucho menos para escribir la historia. Hoy no es ya permitido escribir la historia en el interés de una sola idea. Nuestro siglo no lo quiere; exige que se le diga todo; que se le reproduzca y se le explique la existencia de las naciones en sus diversas épocas, y que se dé a cada siglo pasado su verdadero lugar, su color y su significación. Esto es lo que yo he procurado hacer para el gran suceso cuya historia he emprendido. No he consultado más que los documentos y los textos originales, sea para individualizar las varias circunstancias de la narrativa, sea para caracterizar las personas y las poblaciones que figuran en ella. Tanto es lo que he sacado de esos textos, que me lisonjeo de haber dejado poco que tomar. Las tradiciones nacionales de las poblaciones menos conocidas y las antiguas poesías populares, me han suministrado muchas indicaciones acerca del modo de existencia, los sentimientos e ideas de los hombres en los tiempos y lugares a que trasporto al lector.

“En cuanto a la relación, he adherido cuanto me ha sido posible al lenguaje de los historiadores antiguos, contemporáneos de los hechos, o cercanos a ellos. Cuando me he visto

precisado a suplir su insuficiencia por consideraciones generales, he tratado de autorizarlas reproduciendo los rasgos originales que me habían conducido a ellas por inducción. En fin, he conservado siempre la forma narrativa, para que el lector no pasase súbitamente de una relación antigua a un comentario moderno, y para que la obra no presentase las disonancias que resultarían de fragmentos de crónicas, entreverados de disertaciones. Por otra parte, he creído que aplicándome más a referir que a disertar, aun en la exposición de los hechos y resultados generales, podría dar una especie de vida histórica a las masas de hombres como a los personajes individuales, y que de esta manera en el destino político de las naciones hallaríamos algo de aquel interés humano que inspiran involuntariamente los pormenores ingenuos de las vicisitudes de fortuna y las aventuras de un solo hombre.

“Me propongo pues presentar con la mayor individualidad la lucha nacional que se siguió a la conquista de la Inglaterra por los normandos establecidos en la Galia.” — Agustín Thierry.

Sismondi anuncia que se propone escribir la historia de Francia hasta Luis XVI, y que terminará este trabajo con la filosofía de la historia de Francia: “Si me quedare bastante vida y salud, para llevar hasta el fin la tarea que he tomado a mi cargo, pediré a esos trece siglos las lecciones que, sobre las ciencias sociales, nos tienen guardadas. Trataré sobre todo de dar a conocer ese progreso sucesivo de la condición de los pueblos, esa organización interior, ese estado de bienestar o de desazón, que debe mirarse como el gran resultado de las instituciones públicas, y que puede sólo enseñarlos a distinguir con certidumbre lo que merece en ellas nuestra aprobación o nuestra censura.

“Debo también decir aquí algunas palabras sobre el método que he adoptado para trabajar sobre documentos antiguos. Me lisonjeo de que a la primera ojeada ningún lector vacilará en reconocer que esta historia no es, como

muchas otras, una compilación ejecutada sobre compilaciones. Mi trabajo principia y acaba en los originales, según el consejo que me dio en otro tiempo el gran historiador Juan de Muller. He buscado la historia en los contemporáneos, y tal como se presentó a ellos. . . Cito siempre sus autoridades para poner al lector imparcial en estado de verificar mi trabajo, y de formar su juicio con los mismos datos que me han servido para el mío". — Sismondi.

"La historia no tiene valor, sino por las lecciones que nos da acerca de los medios de hacer felices y virtuosos a los hombres, y los hechos no tienen importancia sino en cuanto representan ideas. Pero por otra parte es demasiado cierto que el espíritu de sistema los disciplina con facilidad, y que en el caos de los sucesos se hallarán siempre ejemplos en que apoyar las más insensatas teorías. He visto mil veces la verdad forzada a servir la mentira, y esta charlatanería tan frecuente en los escritores superficiales, me ha hecho sentir más que cualquier otra cosa todo el valor de las individualidades, toda la importancia de un examen escrupuloso hasta de las menores circunstancias. Tal vez se creará que doy una atención demasiado minuciosa a hechos comparativamente pequeños, que refiero muchos que tanto valdría haber ignorado, y que si yo hubiese reducido a cuatro tomos una narración que abraza dieciséis, hubiera podido encajar en este estrecho cuadro las grandes lecciones de la historia, y desenvolver suficientemente los principios que he deseado grabar en la memoria de los lectores. Pero se olvida que procediendo así hubiera entresacado los hechos en vez de consignarlos, y que las conclusiones que hubiese presentado entonces habrían dependido del espíritu que hubiese presidido a la elección, y no de los hechos mismos. Al contrario, he querido que la historia de Italia se presentase a la vista del lector como un grupo aislado; y que él pudiese recorrerla en cierto modo, y contemplarla bajo todos sus aspectos. No he ocultado los sentimientos de que me he sentido animado a vista de ella, pero he querido dejar al lector

la independencia de sus juicios. Ahí están los hechos; si alguna otra interpretación les cuadra, puede dársela". — Sismondi.

Villemain no perdona a Robertson el haber descartado de su *Introducción a la Historia de Carlos V* ciertas particularidades que presenta después bajo la forma de notas o documentos justificativos. "Se admira, se alaba mucho esa *Introducción*; y cierto que hay en ella una serenidad de razón, una bien entendida distribución de partes, algo de regular y de progresivo, que agrada al pensamiento. Pero la acompaña un tomo de notas; y lo más curioso es que en estas notas es donde se encuentran todas las particularidades originales... Robertson nos dirá, por ejemplo, que cierto pueblo bárbaro, invasor de la Europa civilizada, tenía en el más alto grado la pasión y el fanatismo de la guerra. Eso es lo que coloca en el texto; pero los rasgos, las facciones de esa ferocidad salvaje, aquella pintura tan singular del campamento de los bárbaros, aquella muchedumbre que se agolpa alrededor de un bardo de la selva que entona canciones marciales, aquellas mujeres y niños que lloran, porque no pueden seguir a sus hijos o a sus padres a los combates, todos aquellos pormenores, en fin, referidos por el embajador romano Prisco, poseído todavía del terror que sintió al verlos y que lleva a la corte bizantina, todo esto que relega Robertson a las notas, hace falta en su libro".

"Una cosa es común a todos ellos" (los historiadores griegos y romanos), "aun a aquel Salustio que oculta los pesares de la ambición frustrada bajo el velo de una filosofía desalentada y amarga: es el talento de la narración. Todos la han hecho el fin o el medio de sus composiciones, y la han presentado con una ingenuidad candorosa, o con la inspiración de un sentimiento vivo y profundo. Si tienen una opinión que sostener, una moralidad que realzar, se percibe su color en la narración. Sea que los hechos se desarrollen ante ellos como un espectáculo o que traten de profundizarlos y de beber en ellos el conocimiento del hombre y de los pue-

blos, siempre saben presentarlos a nuestra vista como se ofrecieron a la suya. Han estudiado lo verdadero, lo han sentido, y el copiarlo es para ellos una obra de la imaginación.

“Tácito mismo, que es de todos ellos el que más ha contribuido a elevar y robustecer el pensamiento humano; aquel cuyas palabras conversarán eternamente con las almas que marchita el despotismo; que parece saborear el único consuelo que dejan al hombre la tiranía y la bajeza, la satisfacción de conocerlas y despreciarlas, ¿de qué medios se vale? ¿Cuál es su secreto? ¿Cómo persuade sus opiniones? ¿Cómo demuestra las causas generales o los motivos particulares? Cuenta; y en testimonio de sus juicios, pone a nuestra vista las escenas y los personajes. Helos ahí; nuestro espíritu puede recoger y apropiarse juicios profundos, reflexiones profundas, bajo la forma de imágenes vivientes. ¿Es éste un filósofo, que nos da desde su cátedra graves y severas lecciones? ¿Es un político, que nos pone delante los ocultos muelles del gobierno? ¿Un orador que pronuncia acusaciones formales contra Tiberio y Seyano? No: él es (valiéndonos de la expresión de Racine) el más gran pintor de la antigüedad.

“Tal vez la época en que vivimos está destinada a restablecer la narración, y a restituirle su antiguo honor. Nunca se ha dirigido la curiosidad con más ansia a los conocimientos históricos. Hemos vivido hace más de treinta años en un mundo agitado por tantos y tan diversos y tan prodigiosos acontecimientos; de tal manera han rodado delante de nosotros los pueblos, las leyes, los tronos; el cercano porvenir está encargado de la solución de cuestiones tan grandes, que el primer empleo del ocio y de la reflexión es el estudio de la historia. Como la existencia de cada uno, por grande o pequeño que sea, ha llegado a ligarse inmediatamente con las vicisitudes del destino común; como la vida, la fortuna, el honor, la vanidad, el empleo de nosotros mismos, las opiniones acaso; en una palabra, toda la situación del ciudadano ha dependido y depende todavía de los sucesos generales

de su país y del mundo entero, la observación ha debido fijarse casi exclusivamente en la historia de las naciones. A eso se ha dirigido la filosofía; porque ¿qué causas y qué efectos hay más dignos de rastrearse hasta sus fuentes? La poesía misma no nos cautiva cuando no nos habla de lo que ofrece tantas maravillas, de lo que excita emociones tan vivas. El drama no parece ya destinado sino a reproducir las escenas de la historia. La novela, composición antes frívola, a que la pintura de las grandes pasiones había dado tanta elocuencia, ha sido absorbida por el interés histórico. Se le ha pedido, no que nos cuente aventuras de individuos, sino que nos los muestre como testimonios verdaderos y animados de un país, de una época, de una opinión. Se ha querido que nos sirviese para conocer la vida privada de un pueblo; ¿y no forma ésta siempre las memorias secretas de su vida pública?

“Estamos cansados de ver la historia trasformada en un sofista dócil y asalariado que se presta a todas las pruebas que cada uno quiere sacar de ella. Lo que se le piden son hechos. Como se observa en sus pormenores, en sus movimientos, este gran drama de que somos actores y testigos, así se quiere conocer lo que era antes de nosotros la existencia de los pueblos y de los individuos. Se exige que la historia los evoque, los resucite a nuestra vista”. — Barante.

Así nos hablan los más distinguidos escritores contemporáneos; casi todos ellos, juntando el ejemplo a la doctrina, han dado al mundo instructivas e interesantes historias, que son tal vez los frutos más sazonados de la literatura moderna. Todos ellos concuerdan en la importancia de los hechos, y consideran la exposición del drama social viviente como la sustancia y el alma de la historia. Nuestra autoridad vale muy poco (por más que haya querido exagerarla para confusión nuestra el señor Chacón, juez parcial en esta materia). Por eso nos era necesario autorizar las sanas doctrinas con nombres ilustres. En los pasajes que hemos elegido (los primeros que nos han venido a la mano) es fácil ver que lo

que el señor Chacón llama camino trillado es el único camino de la historia, como ya él mismo lo había dado a entender en las primeras líneas de su Prólogo, y que sólo por los hechos de un pueblo, individualizados, vivos, completos, podemos llegar a la filosofía de la historia de ese pueblo.

Porque es necesario distinguir dos especies de filosofía de la historia. La una no es otra cosa que la ciencia de la humanidad en general, la ciencia de las leyes morales y de las leyes sociales, independientemente de las influencias locales y temporales, y como manifestaciones necesarias de la íntima naturaleza del hombre. La otra es, comparativamente hablando, una ciencia concreta, que de los hechos de una raza, de un pueblo, de una época, deduce el espíritu peculiar de esa raza, de ese pueblo, de esa época; no de otro modo que de los hechos de un individuo deducimos su genio, su índole. Ella nos hace ver en cada hombre-pueblo una idea que progresivamente se desarrolla vistiendo formas diversas que se estampan en el país y en la época; idea que llegada a su final desarrollo, agotadas sus formas, cumplido su destino, cede su lugar a otra idea, que pasará por las mismas fases y perecerá también algún día. No de otro modo que el hombre-individuo diversifica continuamente sus deseos y sus aspiraciones desde la cuna hasta el sepulcro, desenvolviéndose en cada edad nuevos instintos que le llaman a objetos nuevos.

La filosofía general de la historia, la ciencia de la humanidad, es una misma en todas partes, en todos tiempos; los adelantamientos que hace en ella un pueblo aprovechan a todos los pueblos; entran en el caudal común de que todos los pueblos tienen solidariamente el dominio. Es como en las ciencias naturales la teoría de la atracción o de la luz: las leyes físicas y químicas lo mismo obraron antes en el mundo antediluviano que ahora en el nuestro; lo mismo obran en la Europa que en el Japón; los descubrimientos físicos y químicos de la Inglaterra y de la Francia entran en el caudal solidario de todas las naciones del globo. Pero la filosofía general de la historia no puede conducirnos a la

filosofía particular de la historia de un pueblo, en que concurren con las leyes esenciales de la humanidad gran número de agencias e influencias diversas que modifican la fisonomía de los varios pueblos cabalmente como las que concurren con las leyes de la naturaleza material modifican el aspecto de los varios países. ¿De qué hubiera servido toda la ciencia de los europeos para darles a conocer, sin la observación directa, la distribución de nuestros montes, valles y aguas, las formas de la vegetación chilena, las facciones del araucano o del pehuenche? De muy poco, sin duda. Pues otro tanto debemos decir de las leyes generales de la humanidad. Querer deducir de ellas la historia de un pueblo, sería como si el geómetra europeo, con el solo auxilio de los teoremas de Euclides, quisiese formar desde su gabinete el mapa de Chile.

Así es como concibe la filosofía de la historia el filósofo que mejor ha inculcado su importancia, sus elementos y su alcance. Ella es, según él, la filosofía del espíritu humano aplicada a la historia; supone por tanto la historia; y de tal modo la supone, que debe ser comprobada, garantida por ella, para que estemos seguros de que es la expresión exacta de la naturaleza humana, y no un sistema falaz que impuesto a la historia la adultere. Esta filosofía debe estudiarlo todo; debe examinar el espíritu de un pueblo en su clima, en sus leyes, en su religión, en su industria, en sus producciones artísticas, en sus guerras, en sus letras y ciencias; ¿y cómo pudiera hacerlo si la historia no desplegase ante ella todos los hechos de ese pueblo, todas las formas que sucesivamente ha tomado en cada una de las funciones de la vida intelectual y moral? Veamos de qué modo figura Victor Cousin ese vasto y grandioso trabajo; y dígase si es posible comprenderlo sin una exposición completa de los hechos, que es la materia en que trabaja el filósofo. Vémoslo, por ejemplo, aplicando sus principios, los elementos de la naturaleza humana, a la guerra. "¿Queréis saber lo que vale un hombre?" (dice este elocuente escritor); "vedle

obrar; ahí es donde él pone todo lo que vale: de la misma manera la virtud de un pueblo aparece en el campo de batalla; ahí está él todo entero con todo lo que le pertenece. Hasta allí es preciso que la filosofía de la historia le siga. . . La organización de los ejércitos, la estrategia misma importa a la historia. Ved el modo de combatir de los atenienses y de los lacedemonios: Atenas y Lacedemonia están allí todas. ¿Os acordáis de la organización de aquel pequeño ejército griego de treinta mil hombres que conducido por un joven se internó en el Oriente hasta la Bactriana? Ésa es la formidable falange macedonia, cuya configuración sola es el símbolo de la expansión rápida y poderosa de la civilización griega, y representa toda la impetuosidad, la celeridad y el ardor indomable del espíritu griego y del espíritu de Alejandro. La falange macedonia estaba organizada para la conquista rápida, para romper por todo, para invadirlo todo. Tiene un movimiento irresistible; pero poca fuerza interna, poco peso y duración. Volved ahora los ojos a la legión romana; en ella está toda Roma. Una legión es un gran todo, una masa enorme, que sacudida abruma cuanto encuentra, sin peligro de disolverse; tan compacta es, tan vasta, tan llena de recursos en sí misma. Al aspecto de una legión nos sentimos como en presencia de un poder irresistible, y al mismo tiempo durable, que barre el enemigo y le reemplaza, ocupa el suelo, se establece en él, se arraiga. La legión romana es una ciudad, es un imperio, un mundo pequeño que se basta a sí mismo, porque en su organización nada falta. . . En una palabra, la legión era un ejército organizado, no sólo para avasallar el mundo sino para mantenerlo sujeto: su carácter es la consistencia, el peso, la duración, la fijeza; es decir, el espíritu de Roma". Si es necesario que la filosofía de la historia estudie así cada uno de los elementos de un pueblo, ¿no es claro que debe existir de antemano la historia de ese pueblo, y una historia que lo reproduzca, si es posible, todo entero, que lo reproduzca

animado y activo? Nos avergonzamos de insistir tanto en una verdad tan obvia.

El señor Chacón ha dicho muy bien que el mundo científico es solidario: las conquistas que cada nación, cada hombre, hace en él, pertenecen al patrimonio de la humanidad. Pero es preciso entendernos. Los trabajos filosóficos de la Europa no nos dan la filosofía de la historia de Chile. Toca a nosotros formarla por el único proceder legítimo, que es el de la inducción sintética. No por eso miramos como inútil el conocimiento de lo que han hecho los europeos en su historia, aun cuando sólo se trate de la nuestra. La filosofía de la historia de Europa será siempre para nosotros un modelo, una guía, un método; nos allana el camino; pero no nos dispensa de andarlo.

Nuestro joven amigo nos permitirá decirle que en las comparaciones con que se empeña en sostener algunas de las ideas del Prólogo, hay más poesía que lógica. "¿Qué se pensaría" (son sus palabras) "de un sabio que dijese que no debemos aprovecharnos del sistema de ferrocarriles europeos, porque es necesario que Chile empiece la carrera de los descubrimientos desde el simple camino carretero hasta el ferrocarril? ¿Qué se pensaría de un sabio que dijese que Chile no debe aprovecharse de la excelencia del arte dramático europeo, porque debe empezar la carrera de este arte, como la Europa, desde los toscos *misterios*? . . . ¿Qué se pensaría de un sabio que dijese que Chile no debe aprovecharse de los descubrimientos y progresos de la maquinaria europea, sino que debe empezar, como la Europa, por el grosero tejido de paño burdo y las calcetas de nuestros abuelos?" La verdad es que estas mismas proposiciones con una ligera modificación no tendrían nada de absurdo. Realmente hay, en todo, cierto camino que es necesario andar, aunque más o menos aprisa. Ningún pueblo necesita ya de producir un Watt para tener ferrocarriles pero sí le sería preciso haber principiado, no decimos por la carretera, sino por el angosto sendero, que comunica de una choza a otra. ¿Llevaría el

señor Chacón el ferrocarril a nuestra colonia del estrecho? ¿Pondría una fábrica de encajes o de sederías en la Araucanía? ¿Y se necesitaría por ventura ir muy lejos para encontrar pueblos a quienes los *misterios* de la Edad Media cuadrarían mejor que las tragedias de Racine o los dramas de Víctor Hugo? Pero no es esto en lo que consiste el paralogismo. Las comparaciones de que se sirve el señor Chacón no son adecuadas a la materia de que se trata. Una máquina puede trasladarse de Europa a Chile y producir en Chile los mismos efectos que en Europa. Pero la filosofía de la historia de Francia, por ejemplo, la explicación de las manifestaciones individuales del pueblo francés en las varias épocas de su historia, carece de sentido aplicada a las individualidades sucesivas de la existencia del pueblo chileno. Para lo único que puede servirnos es para dar una dirección acertada a nuestros trabajos, cuando a vista de los hechos chilenos, en todas sus circunstancias y pormenores, queramos desentrañar su íntimo espíritu, las varias ideas, y las sucesivas metamorfosis de cada idea, en las diferentes épocas de la historia chilena. Si así no fuese, el señor Lastarria, que según el prólogo ha querido darnos la filosofía de nuestra historia, se habría tomado un trabajo superfluo.

En otro número seguiremos desenvolviendo estas ideas, y haremos ver que el *Bosquejo Histórico* es, como lo dice su título, una obra rigurosamente histórica; aunque, por otra parte, sea cierto que en algunos puntos y calificaciones se hace desear el testimonio de los hechos. Pero no podemos soltar la pluma sin contestar al grave cargo que se hace a la Comisión, acusándola de exclusivismo y de intolerancia, porque ha creído que, en el estudio y cultivo de la historia chilena, debe principiarse por el esclarecimiento de los hechos. Si este juicio, expresado bajo la modesta forma de un deseo, es un acto de intolerancia, adiós crítica literaria. Villmain quisiera que Robertson, en lugar de calificar los hechos con frases generales, los individualizase, los pintase. Protestemos pues contra este deseo como un acto de exclu-

sivismo. ¿Qué más hubiera podido decirse si la Comisión, en vez de apreciar justamente el *Bosquejo Histórico*, como el mismo señor Chacón lo confiesa, y de adjudicarle el premio, arrogándose facultades inquisitoriales hubiese prohibido su lectura? La misma libertad que tiene un escritor para dar a luz cuanto le dictan su inteligencia y su conciencia, tiene otro escritor para examinarle y criticarle, según su leal saber y entender.

XVII

MODO DE ESTUDIAR LA HISTORIA *

* Este artículo apareció en *El Araucano*, n° 913, Santiago, 4 de febrero de 1848. Lo reprodujo Bello en sus *Opúsculos literarios y críticos, publicados en diversos periódicos desde 1834 hasta 1849*, Santiago, 1850, pp. 154-160. Se incluyó en O. C. VII, pp. 119-126. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

Es fuerza decir que aunque el señor Chacón, al principio de su artículo primero, se ha propuesto fijar la cuestión (que, a nuestro juicio, bien clara estaba) nos parece más bien haberla sacado de sus quicios. La comisión, después de haber dado los debidos elogios al *Bosquejo Histórico*, dice que carece de suficientes datos para aceptar el juicio del autor sobre el carácter y tendencias de los partidos que figuraron en la revolución chilena. Juzga con sobrada razón que sin tener a la vista un cuadro en donde aparezcan de bulto los sucesos, las personas y todo el tren material de la historia, el trazar lineamientos generales tiene el inconveniente de dar mucha cabida a teorías y desfigurar en parte la verdad; inconveniente, añade, de todas las obras que no suministran todos los antecedentes de que el autor se ha servido para formar sus juicios. Y se siente inclinado a desear que se emprendan antes de todo trabajos destinados a poner en claro los hechos: "la teoría que ilustra esos hechos vendrá en seguida, andando con paso firme sobre un terreno conocido".

No se trata pues de saber si el *método ad probandum*, como lo llama el señor Chacón, es bueno o malo en sí mismo; ni sobre si el *método ad narrandum*, absolutamente hablando, es preferible al otro: se trata sólo de saber si el *método ad probandum*, o más claro, el método que investiga el íntimo espíritu de los hechos de un pueblo, la idea que expresan, el porvenir a que caminan, es oportuno relativamente al estado actual de la historia de Chile independiente, que está por escribir, porque de ella no han salido a luz todavía más que unos pocos ensayos, que distan mucho de formar un todo completo; y ni aun agotan los objetos parcia-

les a que se contraen. ¿Por cuál de los dos métodos deberá principiarse para escribir nuestra historia? ¿Por el que suministra los antecedentes o por el que deduce las consecuencias? ¿Por el que aclara los hechos, o por el que los comenta y resume? La comisión ha creído que por el primero. ¿Ha tenido o no fundamento para pensar así? Ésta y no otra es la cuestión que ha debido fijarse.

Cada uno de los dos métodos tiene su lugar; cada uno es bueno a su tiempo; y también hay tiempos en que, según el juicio o talento del escritor, puede emplearse el uno o el otro. La cuestión es puramente de orden, de conveniencia relativa.

Sentado esto, es fácil ver que la cita de Barante, en que se apoya como decisiva el señor Chacón, no toca el punto que se discute. Barante, a presencia de los grandes trabajos históricos de sus contemporáneos, dice que ninguna dirección es exclusiva, ningún método obligatorio. Lo mismo decimos nosotros poniéndonos en el punto de vista en que se coloca Barante. Cuando el público está en posesión de una masa inmensa de documentos y de historias, puede muy bien el historiador que emprende un nuevo trabajo sobre esos documentos e historias, adoptar o el método del encadenamiento filosófico, según lo ha hecho Guizot en su *Historia de la Civilización*, o el método de la narrativa pintoresca, como el de Agustín Thierry en su *Historia de la Conquista de Inglaterra por los Normandos*. Pero cuando la historia de un país no existe, sino en documentos incompletos, esparcidos, en tradiciones vagas, que es preciso compulsar y juzgar, el método narrativo es obligado. Cite el que lo niegue una sola historia general o especial que no haya principiado así. Pero hay más: Barante mismo en el punto de vista en que se coloca no disimula su preferencia de la filosofía que resalta como espontáneamente de los sucesos, referidos en su integridad y con sus colores nativos, a la que se presenta con el carácter de teoría o sistema *exprofeso*; que siempre induce cierto temor de que involuntariamente

se violenta la historia para ajustarla a un tipo preconstituido, que, según la expresión de Cousin, la adúltere. Véase la prefación de Barante a su *Historia de los Duques de Borgoña*, y véase sobre todo esa historia misma, que es un tejido admirable de testimonios originales, sin la menor pretensión filosófica.

No es nuestro ánimo decir que entre los dos métodos que podemos llamar narrativo y filosófico haya o deba haber una separación absoluta. Lo que hay es que la filosofía que en el primero va envuelta en la narrativa y rara vez se presenta de frente, en el segundo es la parte principal a que están subordinados los hechos, que no se tocan ni se explican, sino en cuanto conviene para manifestar el encadenamiento de causas y efectos, su espíritu y tendencias. Cabe entre ambos una infinidad de matices y de medias tintas, de que no sería difícil dar ejemplos en los historiadores modernos.

El juicio de la comisión no es exclusivo, ni su preferencia absoluta. No hay más que leer su informe, para convencernos de que los argumentos aducidos por el autor del Prólogo son inconducentes: impugnan lo que nadie ha dicho ni pensado. La comisión no ha emitido fallo alguno sobre cuestión alguna que tenga divididas las opiniones del mundo literario, como se supone. Ha deseado... ni aun tanto... se ha sentido inclinada a desear que se nos ponga en posesión de las premisas antes de sacar las consecuencias; del texto, antes que de los comentarios; de los pormenores antes de condensarlos en generalidades. Es imposible enunciar con más modestia un juicio más conforme a la experiencia del mundo científico y a la doctrina de los autores célebres que han escrito de propósito sobre la ciencia histórica. Y más diremos: dado que el punto fuese cuestionable, la comisión, declarándose por una de las opiniones controvertidas, no hubiera hecho más que poner en ejercicio un derecho que los fueros de la república literaria franquean a todos. ¿Por ventura no es lícito a todo el que quiera hacer uso de su entendimiento

elegir entre dos opiniones contrarias la que le parezca más razonable y fundada? ¿Y es el campeón de la libertad literaria el que nos impone la obligación de suspender nuestro juicio sobre toda cuestión debatida, y de no emitir otras ideas que las que llevan el *imprimatur* de la aprobación universal?

El señor Chacón nos da una reseña del origen y progresos de la historia en Europa desde las cruzadas; reseña gratuita para el asunto de que se trata, y no del todo exacta. En ella se principia por Froissart; y se le hace encabezar la serie de cronistas "que en los siglos XII y XIII mezclaron la historia y la fábula, los romances de Carlomagno y de Arturo con los hechos de la caballería". El señor Chacón olvida que Froissart floreció en el siglo XIV, y parece ignorar que los romances de Carlomagno y de Arturo habían empezado a contaminar la historia algún tiempo antes de la primera cruzada. A juzgar por esta reseña, pudiera creerse que en el primer período de la lengua francesa (que propiamente no es la *lengua de los trovadores*) faltaron historiadores verídicos, testigos de vista de los sucesos mismos de las cruzadas, como Villehardouin y Joinville. Como quiera que sea, se hace desfilar a nuestra vista una procesión de cronistas, historiadores y filósofos de la historia, que principia en Froissart y acaba en Hallam. "¿Y se quiere" (se nos pregunta) "que nosotros retrogrademos; se quiere que cerremos los ojos a la luz que nos viene de Europa; que no nos aprovechemos de los progresos que en la ciencia histórica ha hecho la civilización europea, como lo hacemos en las demás artes y ciencias que se nos transmiten, sino que debemos andar el mismo camino desde la crónica hasta la filosofía de la historia?"

No es difícil responder a este interrogatorio. Mal puede retroceder el que no ha hecho más que poner los pies en el camino. No pedimos que se escriban otra vez las crónicas de Francia: ¿qué retroceso cabe en hacer la historia de Chile, que no está hecha; para que ejecutado este trabajo venga

la filosofía a darnos la idea de cada personaje y de cada hecho histórico (de los nuestros se entiende), *andando con paso firme sobre un terreno conocido*? ¿Hemos de ir a buscar nuestra historia en Froissart, o en Comines, o en Mizeray, o en Sismondi? El verdadero movimiento retrógrado consistiría en principiar por donde los europeos han acabado.

Suponer que se *quiere que cerremos los ojos a la luz que nos viene de Europa*, es pura declamación. Nadie ha pensado en eso. Lo que se quiere es que abramos bien los ojos a ella, y que no imaginemos encontrar en ella lo que no hay, ni puede haber. Leamos, estudiemos las historias europeas; contemplemos de hito en hito el espectáculo particular que cada una de ellas desenvuelve y resume; aceptemos los ejemplos, las lecciones que contienen, que es tal vez en lo que menos se piensa: sírvannos también de modelo y de guía para nuestros trabajos históricos. ¿Podemos hallar en ellas a Chile, con sus accidentes, su fisonomía característica? Pues esos accidentes, esa fisonomía es lo que debe retratar el historiador de Chile, cualquiera de los dos métodos que adopte. Ábranse las obras célebres dictadas por la filosofía de la historia. ¿Nos dan ellas la filosofía de la historia de la humanidad? La nación chilena no es la humanidad en abstracto; es la humanidad bajo ciertas formas especiales; tan especiales como los montes, valles y ríos de Chile; como sus plantas y animales; como las razas de sus habitantes; como las circunstancias morales y políticas en que nuestra sociedad ha nacido y se desarrolla. ¿Nos dan esas obras la filosofía de la historia de un pueblo, de una época? ¿De la Inglaterra bajo la conquista de los normandos, de la España bajo la dominación sarracena, de la Francia bajo su memorable revolución? Nada más interesante, ni más instructivo. Pero no olvidemos que el hombre chileno de la Independencia, el hombre que sirve de asunto a nuestra historia y nuestra filosofía peculiar, no es el hombre francés, ni el anglo-sajón, ni el normando, ni el godo, ni el árabe. Tiene su espíritu propio, sus facciones propias, sus instintos peculiares.

Sea en hora buena culpa nuestra haber encontrado inconsecuencia u oscuridad en ciertos pasajes del Prólogo. A la verdad, no dejó de ocurrirnos la clave con que en el *artículo primero* del señor Chacón se ha tratado de conciliarlos. Pero la idea nos pareció demasiado repugnante al sentido común para atribuírsela. Ello es que ni aun ahora nos atrevemos a imputársela, y preferimos creer que (por culpa nuestra seguramente) no hemos acabado de entenderle.

Pedimos perdón a nuestros lectores. Hemos prolongado fastidiosamente la defensa de una verdad, de un principio evidente, y para muchos trivial. Pero deseábamos hablar a los jóvenes. Nuestra juventud ha tomado con ansia el estudio de la historia; acabamos de ver pruebas brillantes de sus adelantamientos en ella; y quisiéramos que se penetrase bien de la verdadera misión de la historia para estudiarla con fruto.

Quisiéramos sobre todo precaverla de una servilidad excesiva a la ciencia de la civilizada Europa.

Es una especie de fatalidad la que subyuga las naciones que empiezan a las que las han precedido. Grecia avasalló a Roma; Grecia y Roma a los pueblos modernos de Europa, cuando en ésta se restauraron las letras; y nosotros somos ahora arrastrados más allá de lo justo por la influencia de la Europa, a quien, al mismo tiempo que nos aprovechamos de sus luces, debíamos imitar en la independencia del pensamiento. Muy poco tiempo hace que los poetas de Europa recurrían a la historia pagana en busca de imágenes, e invocaban a las musas en quienes ellos ni nadie creía; un amante desdeñado dirigía devotas plegarias a Venus para que ablandase el corazón de su querida. Ésta era una especie de solidaridad poética semejante a la que el señor Chacón parece desear en la historia.

Es preciso además no dar demasiado valor a nomenclaturas filosóficas; generalizaciones que dicen poco o nada por sí mismas al que no ha contemplado la naturaleza viviente en las pinturas de la historia, y, si ser puede, en los historia-

dores primitivos y originales. No hablamos aquí de nuestra historia solamente, sino de todas. ¡Jóvenes chilenos! aprended a juzgar por vosotros mismos; aspirad a la independencia del pensamiento. Bebed en las fuentes; a lo menos en los raudales más cercanos a ellas. El lenguaje mismo de los historiadores originales, sus ideas, hasta sus preocupaciones y sus leyendas fabulosas, son una parte de la historia, y no la menos instructiva y verídica. ¿Queréis, por ejemplo, saber qué cosa fue el descubrimiento y conquista de América? Leed el diario de Colón, las cartas de Pedro de Valdivia, las de Hernán Cortés. Bernal Díaz os dirá mucho más que Solís y que Robertson. Interrogad a cada civilización en sus obras; pedid a cada historiador sus garantías. Ésa es la primera filosofía que debemos aprender de la Europa.

Nuestra civilización será también juzgada por sus obras; y si se la ve copiar servilmente a la europea aun en lo que ésta no tiene de aplicable, ¿cuál será el juicio que formará de nosotros, un Michelet, un Guizot? Dirán: la América no ha sacudido aún sus cadenas; se arrastra sobre nuestras huellas con los ojos vendados; no respira en sus obras un pensamiento propio, nada original, nada característico; remeda las formas de nuestra filosofía, y no se apropia su espíritu. Su civilización es una planta exótica que no ha chupado todavía sus jugos a la tierra que la sostiene.

Una observación más y concluimos. Lo que se llama filosofía de la historia, es una ciencia que está en mantillas. Si hemos de juzgarla por el programa de Cousin, apenas ha dado los primeros pasos en su vasta carrera. Ella es todavía una ciencia fluctuante; la fe de un siglo es el anatema del siguiente; los especuladores del siglo XIX han desmentido a los del siglo XVIII; las ideas del más elevado de todos éstos, Montesquieu, no se aceptan ya sino con muchas restricciones. ¿Se ha llegado al último término? La posteridad lo dirá. Ella es todavía una palestra en que luchan los partidos: ¿a cuál de ellos quedará definitivamente el triunfo? La ciencia,

como la naturaleza, se alimenta de ruinas, y mientras los sistemas nacen y crecen y se marchitan y mueren, ella se levanta lozana y florida sobre sus despojos, y mantiene una juventud eterna *.

* En *El Araucano*, n° 915, de 18 de febrero de 1848, Bello publicó la siguiente nota: CIENCIA HISTÓRICA. "No diríamos una palabra más sobre este asunto, si no nos provocase a ello el artículo de correspondencia inserto en el "Progreso" del 11. Nos ha parecido muy extraño que haya podido ocurrir a su Autor la idea de suponer en nosotros una intención encubierta de menoscabar el justo concepto de que goza. Nuestro objeto en esta controversia ha sido únicamente defender el Voto de la Comisión encargada de calificar la obra de D. J. Victorino Lastarria; voto a cuya acepción por la Facultad de Humanidades hemos concurrido con el nuestro. Estamos muy lejos de desconocer la idoneidad de D. Jacinto Chacón para la clase de Historia que desempeña en el I. Nacional. Todo lo contrario. Hemos hecho justicia, y la haremos siempre, a su capacidad, a su saber, y a la contracción asidua con que cultiva las letras y que deseáramos ver más generalmente imitada". (COMISIÓN EDITORA. CARACAS).

ÍNDICE

Presentación.....	7
<i>Bello y la Historia</i> , por Mariano Picón-Salas.....	9
I La Biblioteca de Bello y su Cultura.....	9
II Los primeros trabajos históricos de Bello. ...	21
III Los años de Londres.....	32
IV Bello y la Escuela Chilena.....	44
V La polémica con Chacón.....	53
VI Balance final.....	59
Modo de escribir la historia	63
Modo de estudiar la historia.....	77

**BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE LA HISTORIA**

Serie Libro Menor

Distribución: Palacio de las Academias
Bolsa a San Francisco, planta baja.
Distribuidora: Telf.: 482.27.06
Librería: Telf.: 482.73.22

De venta en la Academia Nacional de la Historia, Coordinación de Publicaciones, Palacio de las Academias, Bolsa a San Francisco, Teléfono 482.27.06 y en las librerías.

- Vol. 1: *El municipio, raíz de la república*. Joaquín Gabaldón Márquez.
- Vol. 2: *Rebeliones, motines y movimientos de masas en el siglo XVIII venezolano (1730-1781)*. Carlos Felice Cardot.
- Vol. 3: *El proceso de integración de Venezuela (1776-1793)*. Guillermo Morón.
- Vol. 4: *Modernismo y modernistas*. Luis Beltrán Guerrero.
- Vol. 5: *Historia de los estudios bibliográficos humanísticos latinoamericanos*. Libio Cardozo.
- Vol. 6: *Para la historia de la comunicación social (ensayo)*. Manuel Rafael Rivero.
- Vol. 7: *El quijotismo de Bolívar*. Armando Rojas.
- Vol. 8: *Memorias y fantasías de algunas casas de Caracas*. Manuel Pérez Vila.
- Vol. 9: *Bolivariana*. Arturo Uslar Pietri.
- Vol. 10: *Familias, cabildos y vecinos de la antigua Barinas*. Virgilio Tosta.
- Vol. 11: *El nombre de O'Higgins en la historia de Venezuela*. Nicolás Perazzo.
- Vol. 12: *La respuesta de Gallegos (ensayos sobre nuestra situación cultural)*. Rafael Tomás Caldera.

- Vol. 13: *La República del Ecuador y el general Juan José Flores*. Jorge Salvador Lara.
- Vol. 14: *Estudio bibliográfico de la poesía larense*. Juandemaro Querales.
- Vol. 15: *Breve historia de Bulgaria*. Vasil A. Vasilev.
- Vol. 16: *Historia de la Universidad de San Marcos (1551-1980)*. Carlos Daniel Valcárcel.
- Vol. 17: *Perfil de Bolívar*. Pedro Pablo Paredes.
- Vol. 18: *De Caracas hispana y América insurgente*. Manuel Alfredo Rodríguez.
- Vol. 19: *Simón Rodríguez, pensador para América*. Juan David García Bacca.
- Vol. 20: *La poética de Andrés Bello y sus seguidores*. Lubio Cardozo.
- Vol. 21: *El magisterio americano de Bolívar*. Luis Beltrán Prieto Figueroa.
- Vol. 22: *La historia fea de Caracas y otras historias criminológicas*. Elio Gómez Grillo.
- Vol. 23: *Breve historia de Rumania*. Mihnea Gheorghiu, N. S. Tanasoca, Dan Brindei, Florin Constantiniu y Gheorghe Buzatu.
- Vol. 24: *Ensayos a contrarreloj*. René De Sola.
- Vol. 25: *Andrés Bello Americano —y otras luces sobre la Independencia*. J.L. Salcedo-Bastardo.
- Vol. 26: *Viaje al interior de un cofre de cuentos* (Julio Garmendia entre líneas). Julio Barroeta Lara.
- Vol. 27: *Julio Garmendia y José Rafael Pocaterra. Dos modalidades del cuento en Venezuela*. Italo Tedesco.
- Vol. 28: *Luchas e insurrecciones en la Venezuela Colonial*. Manuel Vicente Magallanes.
- Vol. 29: *Panorámica de un período crucial en la historia venezolana. Estudio de los años 1840-1847*. Antonio García Ponce.
- Vol. 30: *El jardín de las delicias y otras prosas*. Jean Nouel.

- Vol. 31: *Músicos y compositores del Estado Falcón*. Luis Arturo Domínguez.
- Vol. 32: *Breve historia de la cartografía en Venezuela*. Iván Drenikoff.
- Vol. 33: *La identidad por el idioma*. Augusto Germán Orihuela.
- Vol. 34: *Un pentágono de luz*. Tomás Polanco Alcántara.
- Vol. 35: *La academia errante y tres retratos*. Mario Briceño Pe-rozo.
- Vol. 36: *Tiempo de hablar*. Miguel Otero Silva.
- Vol. 37: *Transición (Política y realidad en Venezuela)*. Ramón Díaz Sánchez.
- Vol. 38: *Eponomía larense*. Francisco Cañizales Verde.
- Vol. 39: *Reescrituras*. Juan Carlos Santaella.
- Vol. 40: *La memoria perdida*. Raúl Agudo Freites.
- Vol. 41: *Carriel número cinco (Un homenaje al costumbrismo)*. Elisa Lerner.
- Vol. 42: *Espacio disperso*. Rafael Fauquió Bescos.
- Vol. 43: *Lobello/Lofeo*. Antonieta Madrid.
- Vol. 44: *Cronicario*. Oscar Guaramato.
- Vol. 45: *Ensayos temporales. Poesía y teoría social*. Ludovico Silva.
- Vol. 46: *Costumbre de leer*. José Santos Urriola.
- Vol. 47: *Cecilio Acosta, un signo en el tiempo*. Manuel Bermúdez.
- Vol. 48: *Leoncio Martínez, crítico de arte (1912-1918)*. Juan Carlos Palenzuela.
- Vol. 49: *La maldición del fraile y otras evocaciones históricas*. Luis Oropeza Vásquez.
- Vol. 50: *Explicación y elogio de la ciudad creadora*. Pedro Francisco Lizardo.
- Vol. 51: *Crónicas sobre Guayana (1946-1968)*. Luz Machado
- Vol. 52: *"Rómulo Gallegos"*. Paul Alexandru Georgescu.
- Vol. 53: *Diálogos con la página*. Gabriel Jiménez Emán

- Vol. 54: *El poeta del fuego y otras escrituras*. Mario Torrealba Lossi.
- Vol. 55: *Invocaciones (notas literarias)*. Antonio Crespo Meléndez.
- Vol. 56: *Desierto para un "Oasis"*. Ana Cecilia Guerrero.
- Vol. 57: *Borradores*. Enrique Castellanos.
- Vol. 58: *Como a nuestro parecer*. Héctor Mujica.
- Vol. 59: *La lengua nuestra de cada día*. Iraset Páez Urdaneta.
- Vol. 60: *Homenaje a Rómulo Gallegos*. Guillermo Morón.
- Vol. 61: *Ramón Díaz Sánchez. Elipse de una ambición de saber*. Asdrúbal González.
- Vol. 62: *La ciudad contigo*. Pedro Pablo Paredes.
- Vol. 63: *Incidencia de la colonización en el subdesarrollo de América Latina*. Raúl Grien.
- Vol. 64: *Lector de Poesía*. José Antonio Escalona-Escalona.
- Vol. 65: *Ante el bicentenario de Bolívar. El general José Antonio Páez y la memoria del Libertador*. Nicolás Perazzo.
- Vol. 66: *Diccionario general de la bibliografía caroreña*. Alfredo Herrera Alvarez.
- Vol. 67: *Breve historia de Bolivia*. Valentín Abecia Baldivieso.
- Vol. 68: *Breve historia de Canadá*. J. C. M. Ogelsby. Traductor: Roberto Gabaldón.
- Vol. 69: *La lengua de Francisco de Miranda en su Diario*. Francisco Belda.
- Vol. 70: *Breve historia del Perú*. Carlos Daniel Valcárcel.
- Vol. 71: *Viaje inverso: Sacralización de la sal*. María Luisa Lazaro.
- Vol. 72: *Nombres en el tiempo*. José Cañizales Márquez.
- Vol. 73: *Alegato contra el automóvil*. Armando José Sequera.
- Vol. 74: *Caballero de la libertad y otras imágenes*. Carlos Sánchez Espejo.
- Vol. 75: *Reflexiones ante la esfinge*. Pedro Díaz Seijas.
- Vol. 76: *Muro de confesiones*. José Pulido.

- Vol. 77: *El irreprochable optimismo de Augusto Mijares*. Tomás Polanco Alcántara.
- Vol. 78: *La mujer de "El Diablo" y otros discursos*. Ermila Vera-coechea.
- Vol. 79: *Lecturas de poetas y poesía*. Juan Liscano.
- Vol. 80: *De letras venezolanas*. Carlos Murciano.
- Vol. 81: *Cuaderno de prueba y error*. Ramón Escovar Salom.
- Vol. 82: *Ensayos*. Oscar Beaujon.
- Vol. 83: *Acción y pasión en los personajes de Miguel Otero Silva y otros ensayos*. Alexis Márquez Rodríguez.
- Vol. 84: *Revolución y crisis de la estética*. Manuel Trujillo.
- Vol. 85: *Lugar de crónicas*. Denzil Romero.
- Vol. 86: *Mérida. La ventura del San Buenaventura y la Columna*. Lucas Guillermo Castillo Lara.
- Vol. 87: *Frases que han hecho historia en Venezuela*. Mario Bri-ceño Perozo.
- Vol. 88: *Científicos del mundo*. Arístides Bastidas.
- Vol. 89: *El jardín de Bermudo (Derecho, Historia, Letras)*. Luis Beltrán Guerrero.
- Vol. 90: *Seis escritores larenses*. Oscar Sambrano Urdaneta.
- Vol. 91: *Campanas de palo*. Luis Amengual H.
- Vol. 92: *Caracas, crisol. Crónicas*. Salvador Prasel.
- Vol. 93: *La memoria y el olvido*. Stefania Mosca.
- Vol. 94: *Cuando el henchido viento*. Juan Angel Mogollón.
- Vol. 95: *Ideario pedagógico de Juan Francisco Reyes Baena*. Pedro Rosales Medrano.
- Vol. 96: *La conspiración del Cable Francés. Y otros temas de historia del periodismo*. Eleazar Díaz Rangel.
- Vol. 97: *El escritor y la sociedad. Y otras meditaciones*. Armando Rojas.
- Vol. 98: *De propios y de extraños (Crónicas, artículos y ensayos) 1978-1984*. Carmen Mannarino.
- Vol. 99: *Agua, silencio, memoria y Filisberto Hernández*. Carol Prunhuber.

- Vol. 100: *Los más antiguos*. Guillermo Morón.
- Vol. 101: *Reportajes y crónicas de Carora*. José Numa Rojas.
- Vol. 102: *Jardines en el mundo*. Teódulo López Meléndez.
- Vol. 103: *Crónicas y testimonios* Elio Mujica.
- Vol. 104: *La memoria de los días*. Yolanda Osuna.
- Vol. 105: *Tradiciones y leyendas de Zaraza*. Rafael López Castro.
- Vol. 106: *Tirios, troyanos y contemporáneos*. J.J. Armas Marcelo.
- Vol. 107: *Guzmán Blanco y el arte venezolano*. Roldán Esteva Grijet
- Vol. 108: *Breve historia de lo cotidiano. Con ciertos comentarios de Guillermo Morón*. Pedro León Zapata.
- Vol. 109: *Lectura de un cuento. Teoría y práctica del análisis del relato*. Alba Lía Barrios.
- Vol. 110: *Fermín Toro y las doctrinas económicas del siglo XIX*. José Angel Ciliberto.
- Vol. 111: *Recuerdos de un viejo médico*. Pablo Alvarez Yépez.
- Vol. 112: *La ciudad de los lagos verdes*. Roberto Montesinos
- Vol. 113: *Once maneras de ser venezolano*. Tomás Polanco Alcántara.
- Vol. 114: *Debajo de un considero me puse a considerar...* Lubio Cardozo.
- Vol. 115: *Variaciones/I*. Arturo Croce.
- Vol. 116: *Variaciones/II* Arturo Croce.
- Vol. 117: *Crónicas de la Ciudad Madre*. Carlos Bujanda Yépez
- Vol. 118: *Tu Caracas, Machu*. Alfredo Armas Alfonso.
- Vol. 119: *Bolívar siempre*. Rafael Caldera.
- Vol. 120: *Imágenes, voces y visiones (Ensayos sobre el habla poética)*. Hanni Ossott.
- Vol. 121: *Breve historia de Chile*. Sergio Villalobos R.
- Vol. 122: *Orígenes de la cultura margariteña*. Jesús Manuel Subero.
- Vol. 123: *Duendes y Ceretones*. Luis Arturo Domínguez.
- Vol. 124. *El Estado y las instituciones en Venezuela (1936-1945)*. Luis Ricardo Dávila.

- Vol. 125: *Crónicas de Apure*. Julio César Sánchez Olivo.
- Vol. 126: *La lámpara encendida (ensayos)*. Juan Carlos Santaella.
- Vol. 127: *Táriba, historia y crónica*. L. A. Pacheco M.
- Vol. 128: *Notas apocalípticas (Temas Contraculturales)*. Ennio Jiménez Emán.
- Vol. 129: *Simbolistas y modernistas en Venezuela*. Eduardo Arroyo Alvarez.
- Vol. 130: *Relatos de mi andar viajero*. Tomás Pérez Tenreiro.
- Vol. 131: *Breve historia de la Argentina*. José Luis Romero.
- Vol. 132: *La Embajada que llegó del exilio*. Rafael José Neri.
- Vol. 133: *El orgullo de leer*. Manuel Caballero.
- Vol. 134: *Vida y letra en el tiempo (Ocho Prólogos y dos discursos)*. José Ramón Medina.
- Vol. 135: *La pasión literaria (1959-1985)*. Alfredo Chacón.
- Vol. 136: *Una Inocente historia (Con Relatos de Inocente Palacios)*. María Matilde Suárez.
- Vol. 137: *El fiero (y dulce) instinto terrestre / Ejercicios y ensayos*. José Balza.
- Vol. 138: *La leyenda es la poesía de la historia*. Pedro Gómez Valderrama.
- Vol. 139: *Angustia de expresar*. René De Sola.
- Vol. 140: *Todo lo contrario*. Roberto Hernández Montoya.
- Vol. 141: *Evocaciones de Cumaná, Puerto Cabello y Maracaibo*. Lucas Guillermo Castillo Lara.
- Vol. 142: *Cantos de Sirena*. Mercedes Franco.
- Vol. 143: *La Patria y más allá*. Francisco Salazar.
- Vol. 144: *Leyendo América Latina. Poesía, ficción, cultura*. J.G. Cobo Borda.
- Vol. 145: *Historias de la noche*. Otrova Gomas.
- Vol. 146: *Salomniana*. Asdrúbal González.
- Vol. 147: *Croniquillas españolas y de mi amor por lo venezolano*. José Manuel Castañón.
- Vol. 148: *Lo pasajero y lo perdurable*. Nicolás Cócaro.

- Vol. 149: *Palabras abiertas*. Rubén Loza Aguerrebere.
- Vol. 150: *Son españoles*. Guillermo Morón.
- Vol. 151: *Historia del periodismo en el Estado Guárico*. Blas Loreto Loreto.
- Vol. 152: *Balza: el cuerpo fluvial*. Milagros Mata Gil.
- Vol. 153: *¿Por qué escribir? (Juvenalias)*. Hugo Garbati Paolini.
- Vol. 154: *Festejos (Aproximación crítica a la narrativa de Guillermo Morón)*. Juandemaro Querales.
- Vol. 155: *Breve historia de Colombia*. Javier Ocampo López.
- Vol. 156: *El libro de las Notas*. Eduardo Avilés Ramírez.
- Vol. 157: *Grabados*. Rafael Arráiz Lucca.
- Vol. 158: *Mi último delito. Crónicas de un boconés (1936-1989)*. Aureliano González.
- Vol. 159: *El viento en las Lomas*. Horacio Cárdenas.
- Vol. 160: *Un libro de cristal (Otras maneras de ser venezolano)*. Tomás Polanco Alcántara.
- Vol. 161: *El paisaje anterior*. Bárbara Piano.
- Vol. 162: *Sobre la unidad y la identidad latinoamericana*. Angel Lombardi.
- Vol. 163: *La gran confusión*. J.J. Castellanos.
- Vol. 164: *Bolívar y su experiencia antillana. Una etapa decisiva para su línea política*. Demetrio Ramos Pérez.
- Vol. 165: *Cristóbal Mendoza, el sabio que no muere nunca*. Mario Briceño Perozo.
- Vol. 166: *Lecturas antillanas*. Michaelle Ascensio.
- Vol. 167: *El color humano. 20 pintores venezolanos*. José Abinadé.
- Vol. 168: *Cara a cara con los periodistas*. Miriam Freilich.
- Vol. 169: *Discursos de ocasión*. Felipe Montilla.
- Vol. 170: *Crónicas de la vigilia (Notas para una poética de los '80)*. Leonardo Padrón.
- Vol. 171: *Sermones laicos*. Luis Pastori.
- Vol. 172: *Cardumen. Relatos de tierra caliente*. J.A. de Armas Chitty.

- Vol. 173: *El peor de los oficios*. Gustavo Pereira.
- Vol. 174: *Las aventuras imaginarias (Lectura intratextual de la poesía de Arnaldo Acosta Bello)*. Julio E. Miranda.
- Vol. 175: *La desmemoria*. Eduardo Zambrano Colmenares.
- Vol. 176: *Pascual Venegas Filardo: Una vocación por la cultura*. José Hernán Albornoz.
- Vol. 177: *Escritores en su tinta (Entrevistas, reseñas, ensayos)*. Eloi Yagüe Jarque.
- Vol. 178: *El día que Bolívar... (44 crónicas sobre temas poco conocidos, desconocidos o inéditos de la vida de Simón Bolívar)*. Paul Verna.
- Vol. 179: *Vocabulario del hato*. J.A. de Armas Chitty.
- Vol. 180: *Por los callejones del viento*. Leonel Vivas.
- Vol. 181: *Rulfo y el Dios de la memoria*. Abel Ibarra.
- Vol. 182: *Boves a través de sus biógrafos*. J. A. de Armas Chitty.
- Vol. 183: *La Plaza Mayor de Mérida. Historia de un tema urbano*. Christian Páez Rivadeneira.
- Vol. 184: *Territorios del verbo*. Sabas Martín.
- Vol. 185: *El símbolo y sus enigmas. Cuatro ensayos de interpretación*. Susana Benko.
- Vol. 186: *Los pájaros de Majay*. Efraín Inaudy Bolívar.
- Vol. 187: *Blas Perozo Naveda: La insularidad de una poesía*. Juan Hildemaro Querales.
- Vol. 188: *Breve historia del Ecuador*. Alfredo Pareja Diezcanseco.
- Vol. 189: *Orinoco, irónico y onírico*. Régulo Pérez.
- Vol. 190: *La pasión divina, la pasión inútil*. Edilio Peña.
- Vol. 191: *Cuaderno venezolano para viajar (leer) con los hijos*. Ramón Guillermo Aveledo.
- Vol. 192: *Pessoa, la respuesta de la palabra*. Teódulo López Meléndez.
- Vol. 193: *Breve historia de los pueblos árabes*. Juan Bosch.
- Vol. 194: *Pensando en voz alta*. Tomás Polanco Alcántara.

- Vol. 195: *Una historia para contar*. Rafael Dum.
- Vol. 196: *La saga de los Pulido*. José León Tapia.
- Vol. 197: *San Sebastián de los Reyes y sus ilustres próceres*. Lucas G. Castillo Lara.
- Vol. 198: *Iniciación del ojo. Ensayo sobre los valores y la evolución de la pintura*. Joaquín González-Joaca.
- Vol. 199: *Notas y estudios literarios*. Pascual Venegas Filardo.
- Vol. 200: *Pueblos, aldeas y ciudades*. Guillermo Morón.
- Vol. 201: *Zoognosis: el sentido secreto de los animales en la mitología*. Daniel Medvedov.
- Vol. 202: *Los Estados Unidos y el bloqueo de 1902. Deuda externa: agresión de los nuevos tiempos*. Armando Rojas Sardi.
- Vol. 203: *Mundo abierto (Crónicas dispersas)*. Efraín Subero.
- Vol. 204: *El ojo que lee*. R.J. Lovera De-Sola.
- Vol. 205: *La Capilla del Calvario de Carora*. Hermann González Oropeza, S.J.
- Vol. 206: *El dios salvaje. Un ensayo sobre "El corazón de las tinieblas"*. Edgardo Mondolfi.
- Vol. 207: *Breve historia del Japón*. Taraō Sakamoto.
- Vol. 208: *La mirada, la palabra*. Rafael Fauquié.
- Vol. 209: *José Antonio Anzoátegui*. Jóvito Franco Brizuela.
- Vol. 210: *El fin de la nostalgia*. Antonio Crespo Meléndez.
- Vol. 211: *Sin halagar al diablo, sin ofender a Dios*. Ramón Gutiérrez.
- Vol. 212: *Lecturas*. Francisco Pérez Perdomo.
- Vol. 213: *Sobre Ramón Pompilio*. Alberto Alvarez Gutiérrez.
- Vol. 214: *Anécdotas de mi tierra*. Miguel Dorante López.
- Vol. 215: *Pensar a Venezuela*. Juan Liscano.
- Vol. 216: *Crónicas irregulares*. Iván Urbina Ortiz.
- Vol. 217: *Lecturas guayanesas*. Manuel Alfredo Ortiz.
- Vol. 218: *Conversaciones de memoria*. José Luis Izaguirre Tosta.
- Vol. 219: *El viejo sembrador*. Ramón Pompilio Oropeza.

- Vol. 220: *Crónicas*. Agustín Oropeza.
- Vol. 221: *Para una poética de la novela "Viaje Inverso"*. Haydée Parima.
- Vol. 222: *Enseñanza de la historia e integración regional*. Rafael Fernández Heres.
- Vol. 223: *Breve historia del Caribe*. Oruno D. Lara.
- Vol. 224: *Miguel Sagarzazu. Héroe y médico*. Máximo Mendoza Alemán.
- Vol. 225: *Tucacas desde el umbral histórico de Venezuela*. Manuel V. Magallanes.
- Vol. 226: *Los cumbes, visión panorámica de esta modalidad de rebeldía negra en las colonias americanas de España y Portugal*. Edmundo Marcano Jiménez.
- Vol. 227: *11 tipos*. Juan Carlos Palenzuela.
- Vol. 228: *Venezuela en la época de transición*. John V. Lombardi.
- Vol. 229: *El primer periódico de Venezuela y el panorama de la cultura en el siglo XVIII*. Ildefonso Leal.
- Vol. 230: *Los 9 de Bolívar*. J.L. Salcedo-Bastardo.

Serie Libro Breve

- Vol. 231: *Andrés Bello y la historia*. Mariano Picón-Salas.

Andrés Bello y la historia es un texto poco conocido de Mariano Picón-Salas. Fue escrito como introducción al volumen XXIII, *Temas de Historia y Geografía*, de las *Obras Completas* del gran humanista, en 1956, mientras Picón-Salas ejercía el profesorado en la Universidad Central de Venezuela. No fue incluido en sus colecciones de ensayos, y, por consiguiente, ató su suerte a los volúmenes de Bello que no son de fácil acceso.

Picón-Salas, estudiante y profesor a su tiempo de la Universidad de Chile donde don Andrés llevó a cabo lo más significativo de su obra, tuvo ocasión de conocer de cerca la contribución del escritor y el ambiente en que se desenvolvió en Santiago. De tal modo que habla con propiedad sobre la biblioteca personal de Bello y su cultura histórica, sobre los primeros trabajos acerca de la historia venezolana, (*Calendario Manual* y *Guía universal de forasteros* y el *Resumen de la historia de Venezuela*) de su etapa caraqueña; su vinculación posterior en Londres con los grandes pensadores ingleses del siglo XIX y, por último, su vasta labor cumplida en Chile, sus trabajos, sus polémicas y sus perdurables influencias.

Al incluir este estudio en la colección Libro Breve de la Academia Nacional de la Historia, se cumplen dos propósitos: difundir, por una parte, el texto de Picón-Salas y resaltar, por la otra, la relación de don Andrés Bello con los asuntos históricos.

Simón Alberto Consalvi